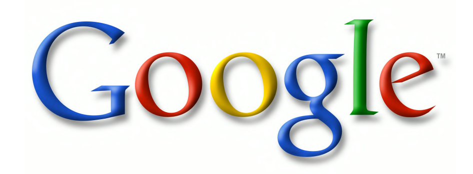

Google


UC-NRLF
$B 264 117

MADRID SENTIMENTAL

E. RAMIREZ-ANGEL

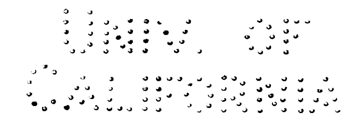
MADRID SENTIMENTAL



MADRID
BIBLIOTECA ECONÓMICA SELECTA
M. PEREZ VILLAVICENCIO, EDITOR
REINA, NÚM. 33
1907

MADRID.—Tipografía de Archivos.

Para vosotras, las sentimentales, las frívolas, las feas, las que reís en toda la semana y soñáis en todos los domingos; para los veinte años de mis amigos que no los tienen; para las calles soleadas de mi Madrid; para las alamedas propicias de la Moncloa; para las acacias de los bulevares; para las aceras en días claros, donde brota el requiebro y se desvanece la meditación; para los merenderos y sus organillos; para las novias de las ocho de la noche; para los que viven sin ruido mundano y, en fraternal círculo, cuchichean velando á la Vida que lucha, y odia, y ruge, es este libro sencillo, este libro de un buen muchacho que oyó una vez hablar á Madrid, y se detuvo, y se alborozó y llegó tarde á la oficina.



EMILIANO RAMÍREZ-ANGEL

He aquí una juventud que ha florecido en sentimental madrileñería. Con esto queda hecha la presentación de un espíritu en el cual, por encima de todos los inevitables pesimismos de la hora presente, está la también inevitable sonrisa azul del cielo de Madrid.

Este amigo mío tiene sus inquietudes, más intelectuales que cordiales, sin lo cual no sería poeta en los benditos tiempos que para nosotros corren; pero sobre todas ellas pone un buen humor, no sé si inconsciente ó muy consciente, y una voluntariosa alegría de vivir. A la cual co-

laboran, además del cielo azul antes aludido, los ojos de las mujeres de nuestra tierra—duquesas ó modistas, poco importa,— ya que, por fortuna, todas ellas saben pasar por nuestro camino con la suficiente prisa y la bastante picardía para que, aun las imperfecciones, se fundan y trastruequen en cosa de visión... Entendámonos, visión, en este caso, en el cerebro del artista, realidad y bien tangible en su vida; porque Emiliano Ramírez posee la gloriosa cualidad, que indudablemente le ha de hacer feliz, de no andar por el mundo obstinada, y por lo tanto dolorosamente, buscando imposibles en que encarnar su sueño, sino de aprovechar todas las realidades que le salen al paso para elementos de sus ensoñaciones. Esta es la sabia manera de soñar: por síntesis. Y así—hay que convencerse de ello,— libando, cortando, exaltando é idealizando las menudas, parciales é im-

perfectas bellezas del vivir, puede hermosamente construirse el edificio de la bella vida, el artificio de la buena ventura.

En arte—reflejo de esta feliz disposición de alma,—Emiliano Ramírez es optimista-irónico: benévolamente se ríe de muchísimas cosas; pero sabe dejar el suspiro oportuno sobre las tres ó cuatro menudencias esenciales é insustituíbles. Sabe también, por intuición, manejar con garbo, frescura, gentileza y madrileñería el castellano moderno, un poco roto en fuerza de emocionado. Va entre líneas por toda su labor, como por su vida, un murgerianismo de muy buena ley, y libre de toda directa influencia de Murger... á quien no ha leído.

Dícenme que ha hecho versos, y me parecen inevitables, pero no los conozco: su prosa tan simpática me hace presentir que han de ser risueñamente sentimenta-

les, y que han de estar rimados á la luz de los ojos de una novia... ó de varias...

Esto es todo: yo quiero mucho y admiro no poco á esta vibrante fuerza nueva que surge con tan sereno buen humor, y que nos promete, para ahora mismo, un cronista del corazón de la villa y corte, un cultivador exquisito y emocionado de la novela regional madrileña. Observadores son esos ojos inquietos, abierta está de par en par esta fantasía, y la misma carencia de prematura erudición le conserva el oído sin prejuicios para escuchar y comprender la voz de la pequeña burguesía cortesana. Las niñas que en las noches de verano respiran una ilusión de playa por los bulevares y un vislumbre de ensueño y de riqueza en las fantasmagorías de los cinematógrafos, estaban sin novelista para sus amores. Emiliano Ramírez viene á ocupar el puesto, y sabrá—yo lo creo firme-

mente — inmortalizar las emociones leves (?)—toda situación es interesante para el interesado,— flor de estas vidas, en que un poco de anemia pone la palidez necesaria y un poco de rubor el carmín deseado. Ellas le paguen la buena obra: que en todos tiempos, las musas han estado obligadas á ciertas suaves condescendencias con sus respectivos poetas; y mal podrá el cuitado hablar del divino sabor de una boca, si sus propios labios no temblaron un instante sobre ella...

G. MARTÍNEZ SIERRA

I

EL ULTIMO VUELO

La vida es así. Dicen gentes sencillas, y sabias á su manera, que «muchos *padrenuestros* llegan al cielo». Yo creo también que muchas vulgaridades caen hasta la tierra, y hete hecha una vida: una vida mansa, humildosa, tácita, que apetece el aislamiento y el olvido, que va por una linde de la carretera, que habla en voz baja, que algunas veces sonríe y algunas veces suspira. Y ya, cercado de minucias, de alborozos chiquitos y de ambiciones de lengua muchachil, torpe, aunque glotona, ¿por qué no consignar en este dietario penumbroso, sin relieve ni sonoridad, el acontecimiento de hoy?..

La urraca que en una tarde de Junio compré á un rapaz madrileño, allá por los rincones verdes y perfumados del Pardo, ha muerto esta mañana.

Habíamos ido varios amigos al campo, á este campo que cerca las arideces y luchas y odios de la Corte, como una bondadosa sonrisa verde. Solemnizábamos el triunfo de un compañero y llevábamos buena provisión de viandas, de risotadas, de donaires. Junto á los árboles pomposos y altaneros rodaba el Manzanares con corriente abundante, cantarina y llena de sol. Cuando estábamos almorzando, acudieron al reclamo de la zambra y del festín tres ó atro chicuelos descalzos, vagabundos, hechos de sol y de libertad, con acre olor de tomillo en los pliegues de la injuriada vestimenta y ese nimbo de libertad y de bohemia que sólo resplandece en el campo, entre el loco pitorreo de los pájaros y el rumor regocijado de las aguas. Aquellos truhanes llevaban entre el pecho y la camisa unas crías de urraca que, al salir de su guarida, mostraron el miedo de

sus ojuelos brillantes y la negrez larga y repelente de sus picos.

—«Señorito, llévemelas usted... Ande, se las doy baratas...»

Tres ó cuatro de nosotros, sin saber por qué, no ciertamente seducidos por el mezquino encanto de aquellas aves, tal vez como un motivo más de distracción y algazara, dimos unas monedas á los muchachos y nos adueñamos de las urracas. Yo me traje la mía á mi casa, acobardado ante la reflexión de dejarla abandonada en el camino, sin plumas aún para volar y sin encantos ya para marchar sobre la tierra.

Y en casa, mis hermanas, luego de reprimir el primer sentimiento de repulsión y hostilidad, se cuidaron de atender al pajarillo, de sentir el cálido halago de sus plumas negras y débiles en la mano cariciosa; de llevar el alimento á la boca insaciable; de darla de beber y de encerrarla en una jaula cerca de cuatro tiestos con cándidas clavellinas, un poco más abajo de otra celda con alambres, donde un grillo luciente y testarudo se obs-

tinaba toda la noche en trovar á la luna con la ruda música de sus élitros.

Poco á poco la avecilla fué habituándose á aquella reclusión con recuerdos de jardín y fiebre rumorosa de verano. Corría por la sala, por los pasillos, dando zancadas ridículas, piando con una ternura y un mimo que parecía impropio del largor y la negrura de aquel pico, inclinando la cabecita á un lado para mirar, con truhanería de ave bohemia, aquel trozo de carne que unos dedos solícitos iban acercando lentamente...

En poco más de un mes el animalito se transfiguró. Es cierto que su plumaje blanco y negro seguía sin alisar, sin ofrecer suavidades ni líneas esbeltas; que su pico larguirucho contrastaba cruelmente con la diminuta cabeza; que las patitas largas y rudas se doblaban en una cómica posición, para sostener el cuerpo, imprimiéndole saltos sin gracia ni agilidad. Pero quedaba el encanto de la piada, del caminar detrás de mi madre con fidelidad amorosa; de contestar con zalameros piídos cuando, sobre una mesa, le acer-

caban el alimento ó la llamaban «María», con inflexión tierna, apoyada dulcemente en el diptongo. El pobre animal, que en el nido recogió como atavismo de la casta un fiero amor á la libertad y un salvaje prurito de saltar de un árbol á otro, se había resignado á la dureza de las baldosas, á la lobreguez de los pasillos, á la tentativa de jardín de los cuatro tiestos y á la inmensa canción de los campos, por la noche, sintetizada en la canturia monorrítmica del grillo trovador.

Esta mañana mi hermana menor entró lentamente en mi cuarto. — «¿No sabes?.. La urraquita se ha muerto... Ayer estuvo muy mala toda la tarde, pero mamá no quiso decírtelo...»

Mi madre conocía el amor que yo había dedicado al repulsivo animalejo... Cuanto más sin encantos le reconocía, más le daba mi ternura. Era desgarbado, sucio, deforme. Pero piaba con tal lejana música de arrullo, saltaba con tal alborozo detrás de mi madre, abría las alitas con tal nervioso estremecimiento pretendiendo sepultar la ridiculez de

su pico en el pliegue rosado de la boca de mis hermanas, se recluía por las noches tan espontáneamente, tan resignadamente en la jaula... que todo aquello, triste perfume de un ramillete de imperfecciones, conmovía, suscitaba amores y benevolencias.

Por desgraciada la quería yo. La urraca era una vida humilde, hecha de prisa y con mal humor, arrojada al mismo mundo para que siguiera adelante, por el mismo camino por donde van los magníficos, los superiores, los agraciados. Ni aun inadvertida podría pasar, porque para ello tenía esa conjuración del pico largo, del andar sin gracia, de las patas torpes, del plumaje áspero y sucio.

Y el pájaro parecía convencido de su propia insignificancia, puesto que mostrábase con un impudor que no conocen todos los imperfectos, y así, cuando alzaba la negra cabeza lo hacía de lado, con timidez, como suplicando una limosna, ya que no de amor, de indiferencia.

¿Acaso esta urraca modosita — con alas que no sirvieron para proporcionarla liber-

tades, con garganta que no conoció las líricas caricias del trino, con patas que no se irguieron para saltar puerilmente, gentilmente — no fué una ironía viviente, una vida-mueca, una expresión doble, risotera y terrible á la vez, como aquella que la pluma implacable y violenta de Hugo trazó en «*L'homme qui rit?*»

¡Ser pájaro para no volar; ser agilidad para convertirse en ridiculez; ser trino para trocarse en silencio; ser vida joven, libre, impetuosa, para deslizarse por pasillos lóbregos ó rebullir entre alambres!

Viendo este animal, parece que la poesía de lo que vuela cantando se detuvo balbuceante; que la libertad huyó de su lado con clamoreo lamentable de cadenas; que la belleza, inmutable y poderosa, se hizo pico largo, plumaje áspero, garganta muda, patas sin ritmo...

Por todo esto yo tenía una honda piedad para la urraca. De ahí las palabras de mi hermana, que sonaron á soledad, á derrumbamiento, á vida de desamparo y de insigni-

ficancia. —«¿Sabes? Ha muerto esta mañana... Ayer estuvo muy malita toda la tarde, pero mamá no quiso decírtelo...»

Viendo el plumaje lacio, la cabeza inerte, las patas flojas, he observado la trayectoria de mi alma. Del cadáver aquel derivaba este amor mío á lo humilde, á lo sencillo, á las vidas con alas pequeñinas, á los sueños en voz baja, al rayito de sol que pide licencia al orgullo de los árboles para caer en el suelo. La urraca ha pasado por la vida como pasan otras tantas cosas... recogiendo, al morir, tal vez la mirada atisbadora de algún filósofo; tal vez la mirada contemplativa de algún poeta; acaso la mirada piadosa y vulgar de una madre ó de una hermanita...

La urraca ha muerto hoy. El ritmo del reloj no se ha roto; la fiebre de la vida no ha cedido; el grillo poeta, el grillo tenaz tampoco sabe nada de este huir vergonzoso de un pájaro, de esta última volada suya, firme y graciosa. No importa. Yo siempre la recordaré, y, conmigo, todos los blandos de corazón, todos aquellos que tengan el pensa-

miento en cruz para arrollar á la vida en un abrazo; todos aquellos que canten ó giman entre alambres, y quieran volar y noten, á prima hora ó á hora postrimera, que las alas son harto mezquinas.

Y la recordarán conmigo todos aquellos mozos que, en tardes primaverales, en tardes de liberación y de quimera, pasearon junto á la Amada bajo los tilos de la Casa de Campo ó bajo los pinares de la Moncloa y acertaron á oir—tras la pausa augusta de un beso— el aleteo tenue de una urraca que tendía, con la rapidez de su vuelo, una cinta negra desde un árbol á otro.

II

LOS CAMINOS

Al salir de las grandes poblaciones, el paseante descubre una loca aglomeración de caminos, caminos estrechos, pardos, floridos, polvorosos, anchos, torcidos, macilentos, blancos... ¿Es que acuden á buscarlas estos caminos, ó es que huyen de ellas?..

Recuerdan el ir y venir de las olas, el encantador titubeo del agua marinera. ¿Se quedan en la playa ó no se quedan? ¿Vienen ó parten? ¿Quién las llama: el horizonte ó la costa?..

Por los caminos vuela el vértigo y se arrastra la soledad. Por los caminos se anda hacia la ciudad; pero también de la ciudad se re-

gresa. Como la vida misma, son una aridez, una monotonía, que van dilatándose y que comienzan en un rincón de bullicio y acaban en un lugar de quietud. Vida, camino... Lindes con zarzas, con flores, con árboles pelados ó frondosos, cinta macilenta, color del sol unas veces, color de crepúsculo otras. Sobre los campos inmensos, los caminos se cruzan y se besan y se repelen, como si la vida, recostada en ellos, trazase una leyenda monstruosa ó pueril, hecha de rayas jeroglíficas que pocos ojos se toman la dignidad de comprender.

Los caminos son tristes: poetas de todas layas nos han cantado esta tristeza, merecedora, en verdad, de ser cantada. El alma, que en las urbes cosmopolitas se fatiga también como el cuerpo, busca de vez en vez la hospitalidad de un camino. Y sentada en el borde, espera á que pase algún amado peregrino: el Reposo, con sus pies descalzos; la Poesía, con sus pies alados; la Tristeza, con sus pies sangrando...

Hay un camino en la Corte que nace en la vieja Glorieta de San Antonio—cuyas pol-

voredas humearon como incienso en torno á los zapatones del muy amado D. Francisco de Goya —, y corriendo, corriendo, se detiene un momento en una plaza, pasa bajo la puerta de Hierro y zigzagueando se pierde en los altozanos salvajes del Real sitio de El Pardo. A la izquierda de este camino, separado con holguras floridas—huertos, *viveros* y jardines—mientras el camino sube, el hético Manzanares baja; y á la derecha, en tanto agua y camino se encuentran, la Moncloa, quieta y saludable, va dilatando sus montículos sembrados y sus arroyuelos, y sus veredas, y sus jardines, y sus pinares y sus hondonadas húmedas, donde los feos hongos y las margaritas gentiles cuchichean al pie de los árboles altaneros.

Es un camino que todos los corazones cortesanos conocen. Algunos le han adivinado al través de las recias anteojeras, desde la balumba de un automóvil; otros le han contemplado desde las ventanas mezquinas de un carruaje. Casi todos le han querido, á lo largo de una caminata plácida, grabando

nombres en los troncos, arrancando florecillas, diciendo líricas exaltaciones á la novia. Es un camino adonde han ido muchos amadores y muchos suicidas buscando reposos. Es un camino que tiene por las mañanas gloriosas piadas de gorriones y por la noche medroso aleteo de murciélagos...

El camino, como soñación de optimista, se extiende y se refugia en un horizonte pintoresco. Por allí pasa el Tiempo: mirad los árboles que le blanquean y el cielo que le cobija. Por allí pasa el Hastío, en marcha hacia la ciudad, y es atajo para las ansias de correr que lleva la Muerte. Y este camino manso, inerte, que tiene el mismo polvo para todos los viandantes, ofrece un encanto más, una nota de color y una sensación de paz. Cerca ya de Puerta de Hierro, surge airosa, sencilla, una casita blanca...

¿Quién no la recuerda con melancólica satisfacción?

Yo la conocí durante las tardes sosegadas de Febrero, á esa hora en que el camino se teñía de gris. A la derecha, los árboles resal-

taban las líneas complicadas de sus troncos, como una celosía fúnebre tras la que asomase su rostro atormentado el sol poniente. En las aguas muertas de una acequia flotaban blancuras opacas, manchones verdosos de ese encaje sutil que bordan las ranas. Triunfaba la paz. De las copas de los árboles se deslizaban hilillos de sombra; el camino, por donde ningún vehículo suscitaba tolvaneras ruidosas, aumentaba la hierática mudez.

Y entonces la casita blanca surgía más airosa, como fabricada para esta hora crepuscular; al través de su ventana reía una veta de luz rojiza, y á la puerta salía una pobre vieja, vestida de negro, que se afanaba en avivar con un fuelle la lumbre de un hornillo portátil. Pasaba yo junto á la moradora de aquella casita musitando una sencilla salutación, á la manera campestre; y poco después me hallaba con unas gallinas diligentes, nerviosas, que picoteaban aquí y allá en silencio, sin cacareos, con ruido seco y leve de picotazos. La chimenea de la casita comenzaba á despedir una serena columnilla

de humo. Incensario rústico que glorificaba reposos y renuncias y dulcedumbres.

Luego, continuaba camino adelante, sobre el cual, durante los desmayos femeninos del crepúsculo, tantas alfombras colorinistas de ilusiones han tenido centenares de enamorados.

Ellos aman, como dije, á esta casita blanca. Es el camino favorito de las costureras y de los estudiantes; cuando alguna vez ha surgido en sus diálogos calientes el trágico silencio de un disgusto, la casita blanca les ha reconciliado, vencidos por el eglógico encanto de la umbría que la resguarda, de las paredes enjalbegadas de paz, de la lenta columnilla de humo, de la fraternal república de gallinas, de la pobre vieja, vestida de negro, que trajina mudamente, á la puerta, junto á un chiquito hornillo portátil.

¿Quién, por cruel y vulgar que sea, se atreve á turbar, con la prosa de sus reconvenciones, la mística quietud de aquel retiro?

Escondida entre los centenarios árboles, junto á la mansedumbre brillante de la ace-

quia, la casita blanca parece estar apostada al borde del camino para desviar con su blancura al primer disgusto que pase.

Por el camino desfilan automóviles que estelan hastíos y parejas que pierden besos. La riqueza y el amor no se detienen nunca; pero conocen una misma puesta de sol, y á esa hora dudosa todas las almas se parecen, proyectando la misma silueta.

Camino del Pardo: como todos los caminos, tienes una casita en tu linde, donde mora aquella buena hada que los antiguos nombraban Eirene, y escondida y quieta, pareces sitiada por el olvido. Es acaso la misma vivienda que divisamos desde la ventanilla de un vagón, cuando el tedio del viaje se nos va entrando por el alma y escapa por las pupilas.

¡Camino polvoriento y largo! Sobre ti pasan, durante las tardes gozosas de la primavera, amadores que recitan versos y capitanean cada estrofa con un beso. Pero eres

trágico y eres implacable: tú les conduces al idilio, y les retornas á la Corte. Sin sentirlo apenas, traidoramente, nos vas llevando, paso á paso, desde esa serenidad de la casita blanca, á esa aglomeración de edificios orgullosos. Y cuando mueres en la glorieta de la Florida, surgen cuatro faroles rígidos que alzan sus llamas macilentas, como cuatro blandones.

III

NOCHES DE SUPLICIO

A la puerta, bajo el resplandor tembloroso de los arcos, dos largas tiras de papel blanco atraen las miradas volubles de los transeúntes. Unas letras rojas, grandes, escuetas, dicen ESTRENO, y capitanean á un enjambre de letras negras, más redondas, más chiquitas, confusas y apelotonadas. Un autor está en la picota, es decir, en el cartel.

Vamos á asistir al martirio ó á la apoteosis de un luchador. Vamos á ver cómo el silencio forma una laguna de fracaso donde se ahogará una vida, ó cómo al estrépito de las palmadas surge, despierta y regocijada, una gloria. Sobre el patio de butacas, de-

sierto, flota un espíritu desconocido que puede reir, que puede apostrofar; que se guarece en los cortinajes de los palcos, que recorre la galería, que acecha en las butacas, esperando la hora única, definitiva, de dar el gran salto al escenario para asolar ó para hacer el bien.

¿Habéis visto algo más siniestro, algo más triste que un teatro vacío? Todo son oquedades y lugares de tránsito y silencios; reina una luz incierta, taimada, que tal vez puede ensancharse en una llamarada de triunfo; que muy bien puede considerarse como crepúsculo de una noche tenebrosa y larga.

Cuando entra alguien, los pasos se han quedado sin voz; cuando surge un siseo, se dilata trágico y augusto. Tiene amplitud de catedral y quietud de tumba: si la obra vence, el estrépito se torna clamoroso bajo el techo como bajo una bóveda; si la obra cae, vulgar é injuriada, el sepulcro se le abre con aquellas alfombras, aquellos cortinones, aquel aire corrompido de recinto cerrado.

El teatro parece un espacioso tocador de la Suerte. Allí está, esperando, dispuesta á

cambiar de traje: pronta á surgir seductora y vistosa ó á mostrarse repulsiva y feroz. Alma de mujer, alma con calentura, á cuyo camarín llegó el autor pretendiendo entrar y la soberana le mandó que esperase un poco, á la puerta...

Avanza la muchedumbre, á empujones, como se agolpaba ante los antiguos circos romanos, como se agolpa hoy también ansiosa de desbordarse por las puertas de la Plaza de Toros. Va á presenciar una lucha: lucha de fieras con hombres, lucha de alma con almas, de un cerebro con muchos cerebros.

El escenario es lecho, como la arena de los redondeles, de un combate donde un triunfo tiene que perfilar una derrota: alguien tiene que ser vencido. El genio ó el público. Un espíritu ó una muchedumbre de espíritus. Esta lucha no es tan terrible, en apariencia, como otras: es más hipócrita; no tiene un diluvio de sol, ni corre la sangre, ni

horroriza las pupilas. Pero la emoción es la misma y el dolor es más agudo, ya que nadie quiere verlo. La cosa despedazada, moribunda se queda entre dos bastidores. Y después retorna la obscuridad: obscuridad profunda, implacable, en un escenario y en una vida...

Desde el teatro, rebosante de gente, se exhala una angustia, una emoción; desde las cajas, de telón adentro, sale otra emoción y otra angustia. ¿Se juntarán para ser amigas ó para golpearse? ¿Un beso ó un zarpazo?

Los estrenos imponen siempre; tienen una grandeza brutal, que á todos contagia. La gente acude, llena las localidades, se remueve calenturienta, próxima á estallar, porque sufre una crisis tremenda de vida ó de muerte, de resurrección ú olvido. Estas horas son peligrosas; horas de púber que va á agostarse esmirriada y mezquina, ó que va á surgir seductora y fuerte. Horas de enfermo que va á avanzar en su vida ó á retroceder. Y cuando la orquesta ha terminado el frívolo *vals*, surge un silencio hondo: un silencio de

enamorado que espera de la misteriosa mujer el *sí* ó el *no* definitivo.

Ya el telón ha descendido. Yérguense los espectadores de las butacas; tras los sangrientos terciopelos de los palcos desaparecen las calvas lucientes y los fracs severos; suscítase en la galería una anarquía de toses y de siseos y de pisadas. Una voz errante pregona los títulos de varios periódicos de la noche. Y entretanto desciende lento, grave, cubriendo al que antes cayó, el telón ingrato y detonante de anuncios.

Por las escaleras, por el *foyer*, por los pasillos, se empuja una muchedumbre entusiasmada, histérica, que tiembla y que ríe, precipitándose hacia el «saloncillo». En el trayecto se tropieza con algún actor, con algún tramoyista que corre, precedido de un *¡eh!..* plebeyo y sonoro. Allá, al fondo, una viva claridad atrae fascinadora; un ronco rumor de muchas conversaciones, una bramadora incoherencia de multitud, se destaca,

llenando el pasillo. Y en el salón pequeño, familiar, grupos de tres, de cinco personas pisotean la alfombra, abaten los asientos de los divanes, se refugian en los rincones, se agitan bajo la luz difusa y lánguida de las bombillas.

El autor está allí, modesto, abrumado, estrechando manos que no sabe de dónde salen, contestando á parabienes que no sabe de dónde proceden, en una densa atmósfera de humo, de estrépito y de gloria. A veces aquel rumor discreto se quiebra; y entonces percíbese misterioso y solemne el cuchicheo de dos ó tres admiradores que van desgranando comentarios...

¿Se habla de la obra del autor? Según. Unas veces sí; otras veces es un punto de partida para ciertos paliques de índole bien distinta. En estos lugares y circunstancias se habla poco del verdadero interesado: acudimos por él, pero nos olvidamos de él. Recordemos esos diálogos que se entablan en un coche, camino del cementerio, acompañando á un difunto. El muerto nos lleva, y nos lleva

sin sentir, hablando de todo y de todos menos de él.

Ya el timbre suena persistente, monótono, temblón, pero obcecado: el acto último va á comenzar. Otra vez las manos, un círculo de manos, se forma para estrechar á una. Es un concierto de carnes mudo y grave, un rito augusto que entraña elocuencia y majestad nunca vistos. ¿Qué se cuentan esas manos múltiples, esas manos agarrotadas, esas manos temblorosas? ¿Hipocresías ó sinceridades? ¿Efusiones ó pruritos? Corren todos: arrójanse cigarros, retumba el pavimento. Se enlazan las despedidas. Iníciase una desbandada; es una retirada que huele á gloria...

Y al dirigirse al amplio salón, al pasar ante las puertas de los cuartos donde los actores esperan al avisador, unas bocanadas de perfume acarician efimerales, evocando las sedas y los gestos que la gente se apercibe á presenciar. En la lobreguez de estos pasillos, en la volandera correría á lo largo de ellos,

estos hálitos distintos, enervantes, tienen un encanto exquisito. Y sin detener el caminar atropellado, sorprendéis fugitivamente la viva llamarada de las bombillas, el escorzo de alguna linda actriz, el aroma sutil de sus carnes y de sus ropas. Todo esto visto en un segundo, tan breve y delicioso, en el mezquino rectángulo de una puerta.

Se hace un silencio ancho, que recuerda horas de cansancio, horas de tragedia. Otra vez, sobre el rojo telón de los cortinajes del palco, detonan inmóviles las manchas de los *fracs*, las lunas crecientes de las calvas. Salta un siseo, breve y luminoso, como una chispa, de unas localidades á otras. Algún espectador rezagado se desliza por el pasillo de las butacas, pisando de puntillas, atisbado por ciertos gemelos que desde un palco sostienen dos manos sutiles y enguantadas, bajo un remolino de crenchas rubias.

El telón ha subido despacio, como las cosas grandes.

El galán joven, símbolo siempre en el teatro de la audacia, de la alegría, de la bonitura de alma, declama en levantado tono. Se le oye conteniendo un murmullo de aprobación, que parece, en cierto modo, una amenaza; se reprime un temblor de manos que pugnan por unirse para batir crepitantes.

De pronto, de lo alto, un *¡bravo!* rabioso cae en el patio, revolucionador y camarada, despertando á todas las manos, fraternizando con sus compañeros los *¡bravos!* discretos y aristócratas, no menos ricos en sinceridad y rebullicio. La calentura flota, se desprende y se pega; es respirada, es devuelta otra vez. Sale del escenario y al escenario torna; y así, más frenética, más borracha, va pasando de unas manos á otras, dejándose aplastar, prisionera por un cuarto de segundo.

... Y de las butacas trepa á los palcos, y de allí á la galería; y siempre sube, sube, hasta que, desfallecida, pero riente, se deja caer de nuevo en el patio, donde otras manos se complacerán en auparla, prensándola otra vez, haciéndola conocer las blanduras cari-

ciosas de los guantes femeninos y las asperezas, llenas de amor, de las gentes del paraíso...

El *foyer* es un hervidero, una fábrica de comentarios, de agudezas y de reprobaciones. Hay ditirambos y regateos; de unos labios á otros la impresión va cambiando de vestidos y de sones. Es miserable ó es opulenta, es locuaz ó es tartamuda. Desfila ante todas las almas, y á cada una arranca un grito ó un suspiro.

Los cuerpos se agrupan, las manos flotan, dejando escritas en el aire, con el humo de los cigarros, caprichosas rúbricas de fiebre. Suscriben admiraciones ó enojos; pero todas se agitan, que no es poco.

Y mientras el autor, consagrado, incensado, queda allá en el saloncillo, aquí fuera se codean sabios é imbéciles, ilustres y «distinguidos», á quienes el frac ó la levita dispensan el honor de parecer iguales. Lo esencial es que la animación es extraordinaria

que todas las bocas hablan, que todos los pies pisotean la misma alfombra, que las mismas palabras pasan por todos los labios. Y que la lucha ha concluído, y que las luces van muriendo y que un alma ha triunfado sobre las demás.

La gente desfila. Afuera, en la calle, los coches aguardan; y hay voces de *golfos* y caras embobadas que contemplan el desfile, y manos que agitan algún sombrero de copa, y hermosas voces de mujer que dicen displicentes: — ¡A casa!..

¿Por qué no amar estas noches de fiebre, noches con alma femenina que acarician y besan? Son noches de suplicio y de deleite que yo busco, que apetecen mis nervios, que me hacen sentir la vida. Poco importa que el autor fracase ó venza; que en lugar de clamoreos y parabienes haya silencios lúgubres y descienda el telón ante la mortal indiferen-

cia del público. Allá el autor, camino de su casa, rápido ó cabizbajo. Yo me quedo en la calle observando el turbulento desfilar de coches, el desbordar de la muchedumbre que llena la calzada y las aceras; oyendo aún, como un estertor último de aquella noche, el dialogar febril, la confusión de palabras que invade la vía. Y cuando voy á llegar á mi casa, aún dos gentiles muchachas pasan con un buen señor engabanado, y un: —¿Te acuerdas de aquella escena en que...? — acaricia mi oído.

IV

LAS CALLES

> La soledad es el patrimonio de los espíritus superiores; les entristecerá á veces, pero la escogerán siempre como el menor de los males.
>
> *Schopenhauer.*

En Noviembre, una tarde, la claridad lívida de la bombilla eléctrica nos dice de pronto todas las tristezas del invierno. Es una sensación poderosa, inolvidable, que, después, á pesar de cuatro meses de aguaceros y vendavales, no tornamos á recibir.

En Junio, una mañana, caminando por una calle clara de Madrid, sentimos que los botones de nuestra manga se prenden entre los flecos revoltosos de un mantón de crespón.

Y entonces, sólo entonces, pensamos con gozo íntimo: «Ya está aquí el verano.»

Y decir verano es pasear por alamedas olorosas, y tumbarse en el campo con rudos ardimientos ancestrales, y presenciar por las tardes, en los crepúsculos, una bacanal de colores y dar á las carnes la caricia temblorosa y sana de las aguas, y al alma el silencio húmedo de los amaneceres y la lumbrada azul y oro de las noches con estrellas.

Verano es camino largo con revueltas floridas; es canto de chicharra en la sombra del follaje; como ella, vida que canta y que está quieta.

Verano es también paseo solitario; goce que se desdobla, hoja de calendario que nos brinda catorce horas de luz; y, bajo esas catorce horas, nenas que pasan con trajes claros, labios que van con risas nuevas y amores del sol con la sombra, siempre juntos y siempre irreconciliables.

Otro día se hablará del campo. Hablemos hoy de la ciudad. En el campo está el silencio que la ciudad ahuyenta. Pero en la ciudad,

con su vértigo, con su zambra, queda un alma gigante, que es preciso contemplar con pupilas curiosas de enamorado.

El huraño filósofo nos habla de las dulzuras de la soledad y no nos engaña. Es, indudablemente, «el menor de los males», la caricia que solicita el alma con mayor afán, la abuela dulce de nuestras quimeras, arranquen del pasado ó surjan de lo venidero. Nuestra vida se arrastra, como los pies, y, como ellos, tiene un susurro monótono, un *tic-tac* de carne que va contando las caminatas breves ó luengas. Bajo los pies va pasando la tierra yerma ó florecida, como bajo las manecillas del reloj pasan las horas que son retazos de aridez ó de verdura. Lo esencial es caminar siempre, siempre...

El sol se desploma verticalmente, al través del cristal añilado del cielo. Las calles están quietas, amodorradas. ¿Conocéis las calles innúmeras, breves, de la Corte?.. Las hay rectas, blancas, por los barrios exteriores y

aristocráticos; pero las del centro son, casi todas ellas, tortuosas, estrechas y empinadas. No hay ninguna igual: en cada calle se pasea un alma distinta, un silencio característico, un murmullo inconfundible. El observador menos sutil puede ir recogiendo en cada vía una sensación diversa, antagónica, y formar con todas ellas, en una hora de reposo y evocación, el alma-arlequín de las grandes urbes.

Hay calles rectilíneas, que se alargan firmes y valientes como una voluntad. Otras corren cuesta arriba, entre dos aceras, como si fueran en busca del sol.

Algunas, estrechucas y lóbregas, tuercen de improviso, en una revuelta brusca, cual asustadas de su ruta, con susto tardío. Algunas bajan rápidas, atraídas por ese pozo de turbulencias y de holgazanes pintorescos que llaman Puerta del Sol. Y otras se juntan en una plazoleta, uniendo sus destinos en un mirador ancho que recoge las últimas palabras polícromas del crepúsculo, ó en un tejado sucio y triste donde ha brotado un

ventanuco de bohardillón con tiestos de hoja de lata y canciones despreocupadas de chiquilla.

¿Y los balcones? ¿Y las tiendas? Hay balcones plácidos, con inflamados claveles y altivas malvas-reales. Hay balcones francos, nobles, abiertos de par en par; los hay enigmáticos, con las maderas cerradas, atisbando tras cien hililIos de sombra; los hay encubridores y taimados, con una persiana corrida; los hay misérrimos, solitarios, llenos de polvo, cantando las melancolías de una deserción, con los papeles del «se alquila», ondeando entre dos hierros...

A ras de la acera, cerca de ese sitio donde el invierno solloza deslizándose por los canalones y formando ruidosas cataratas, surgen las tiendas, con sus escaparates y sus puertas como bocas diversas y desquijaradas. Unas arrojan sombra y humedad; otras, misterio dulce y sosegado; otras, cabrilleo de cristales que ríen con el sol; otras, suspirones de luz lívida de gas. Son bocas de la calle que charlan sin cansancio durante un día de fiebre: y

de esas puertas, que se abren con la misma pasividad, sale el ocioso, el resignado, el poeta y la cortesana.

Pero el encanto que emana de todas las calles hay que buscarlo trepando con las pupilas por todos los edificios. El hechizo, la observación, trepan á un tiempo mismo, con la mirada.

Es grato curiosear las fachadas desde la acera hasta la chimenea majestuosa, con airoso penacho de humo, ó la chimenea cómicamente mutilada ó torcida, juguete de los cierzos serranos ó de los gorriones vagabundos. Y antes de llegar á la cima de los tejados, con las claras azoteas y los rumorosos alambres del teléfono, hay que pasar junto á los aleros: esos aleros largos, morunos, que van escaseando ya, ó esos otros presumidos y de gusto lamentable, que rematan las construcciones modernas.

Por estas alturas, todo es paz, claror, aire y amor fraterno. Rozando con los aleros, chillan locuelos y victoriosos los vencejos, amadores de las horas estivales. Un poco

más arriba, reuniones amistosas de tiestos, cuchicheos de flores humildes, diálogo de grillos con botijos blancos, nevadas ropas extendidas cara al sol, penachos de humo que el aire ocioso despeina, torres, estudios, cimborrios, y, sobre todo, cancionero bullicioso de campanas; campanas que tañen lentas, campanas que voltijean infernales, campanas broncas, campanas infantiles, campanas que cantan horas, campanas que cantan responsos, campanas en los amaneceres y campanas en los crepúsculos vespertinos...

Bajemos á la calle con tristeza. Suena un plebeyo piano de manubrio; vocea un vendedor de «claveles dobles»; pasa una mujer salvaje con un cesto manchado de rojo: «¡Moras, moritas, moras!..» Y hay calles que parecen un piropo; y hay calles que parecen un anatema. Y hay calles vulgares, donde se encuentran las mismas caras y ocurren las mismas naderías y suena la misma guitarra del ciego y la misma voz cansada del vende-

dor de *El Imparcial* y *Los Sucesos*... Calles, como ha dicho un sutil pensador, donde no nos ha de ocurrir nunca nada...

Sin embargo, la Casualidad y la Belleza caminan á todas horas por ellas. El Misterio también. Pero se esconde en las esquinas.

Parece que en este vértice se detiene á descansar el alma pintoresca de la calle. Nada hay más hermoso, en las urbes populosas, que estos lugares de tránsito, donde todo es efimeral y misterioso y atrayente.

Ante las esquinas pasa la cabalgata de lo desconocido, de lo que puede ser, que fabrica su marcha triunfal con las músicas rotas de tantas multitudes y que exhala un aliento gigante, de todas ellas recogido.

Las esquinas forman el ángulo por cuyas aristas pasan el donaire que se pierde y la incoherencia que se retrasa; tras ellas surge el rostro inesperado, y se quiebra la charla y se estaciona la despedida y se engendra la cita... En esas esquinas surgen las manos para estrecharse por última vez, y acuden las indecisiones acerca de la ruta que ha de

seguirse: y lo fatal reposa allí, inmutable y todopoderoso. Toda esquina, que bifurca dos calles, sabe también la historia de dos vidas que ha visto juntas un momento y ha distanciado después.

Desde la esquina se estudia con más provecho que en la más encalmada biblioteca. Ver pasar la gente, tan varia, tan especial, tan no imaginada, es ver desfilar la misma vida: que tal vez la vida sea una comitiva de sorpresas, sorpresas con faldas crujientes ó con ridículos sombreros de copa, con abrigos de pieles ó con andrajos mal avenidos.

Caminemos por las calles, rápidos ó calmosos, pero caminemos con la vista diligente, curiosona, enamorada de la minucia y del detalle. Y sobre todo, caminemos solos. No hay voz tan amiga como nuestra voz interior. A veces simpatiza con nosotros mismos, á veces discrepa. De estas simpatías y discrepancias han florecido muchos madrigales y muchas elegías en más de un corazón. La soledad — recordemos al viejo Schopenhauer — es el menor de los males...

V

VILLALBA... ¡DOS MINUTOS!

Entre el ruido isócrono de la marcha, la algarabía plebeya de los viajeros, el sol implacable y curioso que incendia todos los rincones y hasta se agazapa bajo los asientos —como para viajar con nosotros de balde—, el vagón viejo y sufrido ofrece la consolación y la fresca poesía de la ventanilla. Si la mujer no tuviese una risa y un misterio, si el vagón no tuviese esta ventanilla, ¿para qué viajar por almas resecas y por rieles duros?..

El campo va ensanchándose, en ondulaciones mansas, color de rastrojo y color de esperanza. Corre un mástil del telégrafo. Se ve una reunión de álamos, un arroyo que huye,

una casuca que duerme una siesta blanca bajo el sol. Corre, de izquierda á derecha, otro poste telegráfico. Y torna á divisarse la llanura tricolor—verde, gris, amarilla—con sus carreteras calcinadas, por donde trota brevemente un can, ó se arrastra un carro con su toldo, ó surge la mujer del guardavía, con su vientre abultado de embarazada, sosteniendo en la mano un banderín metido en una funda negra, que nosotros contemplamos un instante sin recelo alguno.

El traqueteo prosigue obstinado, delirante. Crujen las maderas; la veta diagonal del sol va buscando la dulzura de un rincón del coche, para ahuyentarla. Los viajeros sacan de aceitosas envolturas viandas diversas. Carcajean unas muchachas. Un señor lee un periódico; una señora gruesa, en cuya cabellera fulguran caprichosas aguas, le dice á otra:

— ¡Pues lo que es *ése*, si no nos encuentra, va á divertirse como hay Dios!

Me asomo á la ventanilla. Estos boquetes abiertos en el vagón son tan dulces, tan hospitalarios y tan precisos como todos los bo-

quetes que se abren en lugares de vulgaridad, de monotonía y de tormento, llámense esperanzas ó meditaciones, ó simplemente ventanillas.

Afuera hay luz, y extensión y pureza. Ni se percibe el cargante tufillo de las meriendas, ni la vozarrona chulesca de las señoras á quienes no sabe encontrar el infeliz que proyectó con ellas una modesta zambra.

Y la ventanilla, siempre buena, siempre pintoresca, va dilatando la llanura desigual, con árboles, con casitas, con carreteras y con pueblos escondidos tras unos altozanos pudorosos. El cielo se ensancha inmenso é igual, como un enorme bostezo azul. A lo lejos, cerrando el paisaje, se abre severo, al través de la bruma lontana, el Guadarrama amigo, á quien todos conocen en Madrid una noche de invierno, al salir de Fornos ó de la cuarta de Apolo. Ahora el tren corre y corre vertiginosamente, queriendo asustar al coloso con el pitido enfático de la máquina. Pero la sierra azul se pierde tranquila y burlona, á lo lejos, sosteniendo en sus cimas á

cuatro nubes blancas que quieren rodar por las vertientes. Y otra vez pasa un poste telegráfico, y un desmonte, y un arbolillo, y una piedra, y otro poste...

Madrid queda allá abajo. Hacinamiento gris de edificaciones desiguales, con altas chimeneas que trazan, con sus penachos de humo, rúbricas lentas.

Es domingo, y, por un día, nada más, sentimos un rencor inexplicable hacia la Corte. Huímos de ella, cobardes y pequeños. Pero Madrid nos persigue aún en este vagón atestado de gentes bullangueras que ríen con la boca llena, que sudan, que gritan, que patalean y que no se revuelcan todavía porque el suelo es más mezquino que sus ansias de refocilarse. Y nosotros, que soñamos con el sol, con un sol nuevo, de campo, de piedras enormes, de serranía azul, de árboles centenarios, de chicharras y de grillos; con un sol que se tumbe sobre la llanura y saque á la impiedad de su luz todas las torturas de la tierra abrasada y fecunda, nos asomamos á la ventanilla, á tiempo que, mientras nues-

tras miradas avanzan afanosas, las humaredas del cigarro huyen, deshilachándose, como buscando el incierto camino de la Corte.

El tren pasa ante estaciones rojas, todas iguales, con la misma cansera de estación, con la misma tristeza de la voz que corre, bajo todas las ventanillas, cantando la vieja invitación dolorosa: «¡Señores viajeros: tren!..»

Parece que la campanilla aquella que sonó en la primera estación la agita la misma mano en las estaciones sucesivas; que ese aire yerto de los andenes le recoge el ferrocarril y le esparce después en todas sus paradas. La Tristeza va embarcada en un misterioso departamento del convoy: es ella la que, en horas de claridad diurna, sopla ese silencio especial cuando el tren se detiene; es ella la que, apenas el crepúsculo se inicia, enciende esa luz sangrienta que va al final, en el furgón de cola, como una lágrima grande que compendiara todos los dolores de muchas despedidas. Y ella hace morte-

cina la claridad que pende del techo de los vagones; y arranca esos gemidos á las cadenas; y en el silbato ruge histérica, cuando el ojo inflamado de un disco agujerea las negras soledades del camino...

Mientras la imaginación, acariciada por las cálidas ventoleras de la marcha, hace estas pinturas, un tanto lúgubres, el campo, que era antes mansurrón, tapizado de hierbas secas ó de rastrojos negreantes, se torna, de improviso, salvaje y fosco.

Piedras enormes, negruzcas, verdosas, se amontonan, ó se detienen en su rodar temeroso, ó dormitan en lo alto de un montículo. Corre asustado algún lagarto que se amodorraba ante las estrofas pujantes del sol. Un arbusto brota su esbeltez entre dos peñas. Una piedra colosal aplasta un enjambre de piedras pequeñitas. Y unas trepan, y otras descienden; y unas, desde cimas blancas, otean una lejanía neblinosa; y otras, corriendo, se detienen cerca de la vía como cohibidas ante el fragor demoníaco del tren que pasa.

Estamos cerca de Torrelodones. El suelo es bravío, primitivo, indomable. Ante aquella invasión de piedra viva, el sol deja de zumbar y el sueño de la tierra es contagioso como en ninguna parte. La piedra se hace monstruo y puerilidad, se transforma, se alza en moles imponentes, se deshace en cantos.

Hay como reposo de catedrales y como caricia de arroyuelos sembrados de guijas. Por todas partes la poesía de la piedra, que sirve para refugio de misticismos y para pretexto de églogas.

A la ventanilla del vagón llega un anticipo de la sequedad y grandeza de Felipe, el muy ceñudo, y Juan de Herrera, el muy pesado. En vano la mirada recorre la extensión pintoresca: piedras aquí, piedras allá, bañadas en un sol insolente de Julio.

Y, en tanto avanza el tren, pasan pedazos de granito, berrocales esculpidos por la mano loca del Delirio, que evocan estatuas yacentes, animales prehistóricos, gigantes petrificados, esfinges egipciacas..., un mundo in-

móvil y ciclópeo que han arrullado los siglos y que el sol vela amoroso.

Por fin, el tren se detiene otra vez. Continúa la zambra en el vagón; papeles pringosos ruedan por los suelos; manos de mujer alisan cabelleras despeinadas con el trajín del viaje. La voz errante llora sin pena: «¡Villalba... dos minutos!..» Nadie se baja: la gente juerguista sigue hasta El Escorial.

Pero nosotros exhalamos un suspiro de satisfacción, y bajamos detrás del suspiro. Y el tren se marcha de nuevo, y nosotros, sin mirarle, avanzamos por el andén algo indecisos y cansados, hasta que nos perdemos por una carretera amarilla. Estamos lejos de Madrid.

El día se ha marchado de puntillas. Cuando la sensación del vivir habitual ha vuelto, el crepúsculo andaba ya por las calles del pueblo, y brillaban unas luces y sonaban unas colleras y pasaban grupos claros de gente.

Hemos vagado sin rumbo, siempre frente al Guadarrama cercano, azuloso y húmedo.

Aún resuena cérca de nosotros el estridor, tan grato en estas noches templadas, de las cigarras y de los grillos. Las hemos visto innúmeras veces, con su panza gruesa, amarilla ó azul, surcada de negras rayitas paralelas. Traemos en los bolsillos un suspiro de este campo, guardado en el rústico esenciero de una rama de tomillo. Guardamos la visión de unas charcas, ocultas entre juncos, que tenían en el fondo una república de inquietos renacuajos y en la superficie bruñida un ejército de sesudos girinidos. Y hemos atravesado un riachuelo inofensivo y claro, por encima de piedras y ladrillos en las que el agua se deshacía en borbotones de espuma.

Hav que volver á Madrid. El crepúsculo es lento. Cerca de la estación, sobre el techo de una casuca casi derruída, dos cigüeñas inmóviles trazan en el aire un enigma hierático. Hemos pasado un día en paz con la vida y con nosotros.

Por el andén hormiguea una muchedumbre de veraneantes. El tren trepida misterioso. Principian las estrellas á hacer señas maliciosas á la tierra. Pasa una brisa.

Y las nenas, que no faltan nunca en estos andenes, cruzan, se encuentran, charlan, ríen, esperando el pasar de los trenes, que vienen de una estación que no han conocido y van en busca de otra estación que no saben cómo se llamará...

VI

GENTES DE AGOSTO

Remolona y perversa, gustosa de ser deseada, viene la noche después del largo cortejo de horas cálidas, soñolientas, implacables, con quietud de esfinge y majestad de desierto. Ya las zonas enemigas de sol y de sombra, la veta doble, azul y amarilla que alfombraba las cortesanas vías, la ha borrado la noche con suspiros de concordia, de frescura y de rebullicio.

El grito primero, el que arrastra el vértigo de la invasión, el que suscita rumores y salpica el aire azul con las notas gayas de las blusas, la noche le lanza. Estas noches de Madrid, que tienen un algo de embalsama-

das, un poco de risueñas y bastante de bondadosas. Hasta en el cielo lucen estrellas que guiñan, maliciosas y crueles, sus pupilas de plata; hasta ciertos tejados grises, rotos, viejos, injuriados, alcahuetes de vencejos y gorriones, lloradores de sombra, cobertizos de infelices transeúntes en verano; hasta estos tejados parecen alargarse en supremo y definitivo esfuerzo, tal vez para mirar mejor estas noches cortesanas que, como antes dije, traen perfumes, frescuras, y á veces se prenden, como broche coquetón, ese aro de plata que algunas gentes nombran luna.

Y en cuanto la noche llega, á despecho de su remolonería, y de su prurito mujeril—perdón, mucho perdón para ella — de verse requerida incesantemente, parece que las casas de Madrid se dilatan gozosas, que las puertas se abren con gloriosa espontaneidad; y á la vera de los ventanucos — en las bohardillas —, aparecen los botijos y las jaulas con grillos, y á ras de las aceras—en las calles—, surgen las primeras nenitas que han dejado el obrador ó los quehaceres de su vida labo-

riosa y anónima, y salen al encuentro del primer donaire que pase para ofrendarle la primera sonrisa que les nazca.

El Madrid estival, pobretón, que ama los claveles y las polkas, y los pinares de la Moncloa, y las mañanitas del Retiro, y las payasadas de Carreras, y se estremece con «el crimen de esta tarde», y se interesa por el «se continuará» del folletín, y sueña ya con el bulevar novísimo proyectado por Aguilera, y no ha visto nunca el mar, y colecciona postales, y llora cuando el novio falta dos noches, y reza cuando truena, y alguna vez va á los toros, y nunca se mete entre sábanas sin dedicar una plegaria de amor y de súplica á su «San Antonio», y se envuelve en mantones de Manila para bullir en las verbenas, y ríe por nada, y se hermosea con poco, y es sencillo, y es humilde, y es crédulo y es inofensivo... ese Madrid femenino, risueño, grácil, lastre de muchas almas hombrunas y perversión de muchas almas yertas, rebulle ya por las calles, en busca de los bulevares, de las glorietas,

de los paseos donde haya reposo y frescura.

¿Han quedado muchos filósofos en la corte?.. ¿Queda algún poeta?.. Esto, con ser trascendental cuestión, importa poco. No se trata ahora de hacer versos ni derivar meditaciones. Poco significa el leerlas: lo agradable es vivirlas. Y, sobre todo, falten rimadores sensitivos ó filósofos ceñudos, nos queda, á pesar de las caliginosas torturas y de la mezquindad de alicientes, una nutrida corte de enamorados. Y los enamorados, en estos días, y especialmente en estas noches de verano, son seres injertos en poeta y filósofo. Que vengan á desmentirme esas almas locuelas de veinte años.

Acaso sea verdad que, al congregarse todas estas gentes en Recoletos ó en los bulevares ó en las *Kermesses*, forman un conjunto exótico, disonante, rudo de contrastes, ante los ojos del observador.

De ese observador que sale de su casa solo, malhumorado, después de leer en un tranvía un diario nocturno que le ha hablado de ne-

cedades sangrientas ó de majaderías políticas ó de las diversiones de una playa concurrida ó de la última contrata del *Posturas*.

Es funestísimo, en este tiempo, meditar solo, frente al velador de una horchatería, sorbiendo resignadamente á lo largo de la paja, el inevitable vaso de helado. Pero ¿me negaréis que es delicioso, exquisito, volandero y caricioso á la vez, el observar cómo pasean las muchedumbres?.. ¿Hubo algún observador, aun el más intransigente, que se aburriera desde su rincón viendo desfilar á estas multitudes heterogéneas, zumbadoras, hijas del verano, engendradoras en el invierno de deleitosas evocaciones y de visiones melancólicas?.. ¿Hay alguna hora en invierno que no pase ante nosotros prendida á una blusa clara ó á una cabeza desnuda de mujer?..

El verano es campechanote, sencillo: abuelo bondadoso que pone sol en todas las pupilas y en todos los caminos. Nos hace la merced de dejarnos más solos en Madrid, y á todas las mujeres muestra más bonitas y

en todos los hombres escribe la misma palabra y el mismo comentario.

En verano no se odia: quede esta mercancía ruin para el invierno, cuando nos la traigan los cierzos y las inclemencias y los contrastes sociales.

Ya veremos al invierno refugiado en las columnas de los periódicos, apenas Madrid se envuelva en pieles y en abrigos que, no sé por qué misteriosa ley de afinidad, habrán de ser grises ú obscuros, y recios y pesados, con la pesadez brutal de todo lo que nace de opulencias. En invierno tampoco se ama; y si en invierno se sueña, es con el verano... Tal vez en invierno no se haga otra cosa que «vivir»... y ¡eh, señores filósofos!.. hacedme el favor de definirme bien, sin saña, pero con prolijidad, qué es lo que quiere decirnos la tal palabra.

Miremos sin rencor, sin prejuicios, á estas gentes que llenan los pocos lugares cortesanos donde se juntan el reposo y la frescura para ofrendarnos una sensación que sea caricia y desquite y olvido. Pensemos que estas

gentes trabajan todo el día y aún tienen las almas lo suficientemente generosas, nuevas y poco cansadas, para soñar un poco.

Y para soñar, en esta llanura castellana con cuatro acacias y media docena de estrellas, justo es que apetezcan la noche: de noche fulguran las estrellas, porque también son chiquititas, y humildes, y sólo pueden mirar con amor á la tierra cuando se marcha su tirano el sol...

VII

LOS LIBROS

Cuando paseéis por una callejuela lóbrega, donde el silencio se canse y la sombra se duerma, fijaos bien. Veréis un balcón misterioso, en el cual unas pupilas viciosas acechan, bajo el discreto telón verde de una persiana. Oiréis un piano, por no se sabe qué honduras, y una planchadora cantará á la vera de un montón de ropa blanca. Un perro sucio husmeará junto á la acera. Y un poco más allá de una pastelería polvorienta, de una taberna penumbrosa y de un portal sin portería, veréis el escaparate pintoresco de una librería de lance.

Todas estas librerías son iguales, y todas las calles donde están instaladas se aseme-

jan. Un cielo dudoso y bajo correrá, sobre la doble ringlera de tejados, como un toldo. Y el dueño del establecimiento será gordo, lustroso, cínico y bruto. Cuando todos estos aditamentos faltan, queda, sin embargo, para el observador, una muchachita delgada, macilenta, muchachita que adivináis sin novio y sin costura. Todo lo más, un bote de engrudo allá dentro, cerca de las gafas inquisitivas del padre.

Rondando á esta muchacha ó á este gordo, un enjambre de hombres llena estas calles. Hombres huraños, mudos, para quienes el cielo puede continuar siendo toldo, sin que su mirada cabrillee colérica ni sus pasos se aceleren. En vano las pecadoras languidecen tras las persianas verdosas, y el piano recóndito dilata las suavidades de un vals lento ó las arrogancias de una romanza de tenor. Estos hombres huraños han salido de su casa con el indomable afán de comprar libros.

¡Los libros!..

Tras los sucios escaparates ofrécense polvorientos, inertes, con esa pasividad extra-

ñamente melancólica de las cosas que se venden. Es una feria trágica, llena de invitaciones mudas, de mutuas inteligencias en la sombra. Las cubiertas, amarillas, obscuras, destácanse, confusamente, en un hacinamiento doloroso. Las hay insolentes y modosicas..., y se dejan mirar, desde la acera, al través del escaparate, maestras en la coquetería inmortal de suscitar tentaciones y verlas morir y tornar á reavivarlas.

Jóvenes, maduros, todos se hunden en el portal de la vieja librería, sombroso y húmedo. Allí comienza el aliento de aquella catacumba donde tantas generaciones yacen fajadas en sabiduría.

El librero, como un sibarítico sultán, sentado tras el mostrador ó guarecido en una rinconada, vigila distraído á aquel disciplinado harem de obras sabias y cándidas y perversas y soñadoras.

Ellas, por otra parte, esperan, cual aconteció con la parábola lazariana, á que la voz ruidosa de un visitante les invite á erguirse, á abandonar aquella covacha, en cuyo aire,

sin color y denso, los siglos se han diluído lentamente. ¡Obras quietas, amodorradas! ¡La voz mágica que ha de libertarlas es la voz metálica de una moneda!

Las gentes curiosean encorvadas. Huronean en este rincón; tantean en estotro revoltijo. Manos tersas, manos temblorosas, cogen libros, tornan á abandonarlos, solicítanlos otra vez. Una voluptuosidad suprema se dilata bajo el techo mezquino. Es aquel un sordo rebuscar en las tinieblas, un tantear entre brumas, un alargar de dedos y de voluntades que buscan un poco de luz.

¡Qué fascinación tan horrible esta de los libros! Luciendo sus tejuelos, borrosos ya, á lo largo de las paredes dan vueltas en compactísimas ringleras. Apilados, surgen de los rincones. En montón, yacen sobre una mesa; en desorden, hállanse por todas partes, junto á una silla, entre una escalera portátil, lejos, cerca, arriba, abajo.

El polvo es polvo erudito: un polvo exhalado de todos los volúmenes, que ahoga, que inficiona.

Se masca ciencia y ensueño hacia este rincón; junto á las obras de derecho, una reunión de tomos menudos esparce un soplo tenue de lirismo. Y mientras las gentes salen y entran, los libros, como humildes novias, esperan y languidecen en la sombra, acechando la llegada de alguien que no quiere llegar!

La voz del dueño es siempre la misma, con un dejo irritante de tacañería, de altivez:

—«Ese, cuesta tanto... no puede ser menos... Es una buena obra.»

Y la «buena obra», con otras mil, permanece recluída, secuestrada por la polilla, por la humedad, por el abandono, por la quietud. Cuando alguna vez salen á la calle, bajo el brazo de un comprador enamorado y con dinero, deben de esponjarse, deseosas de ser abiertas en la placidez de un cuarto, bajo la caricia noble del sol.

Habrá libro que leerá alguien en mangas de camisa, cerca del balcón, por el cual, entre una jaula de codorniz y un tiesto de albahaca, pasará la voz frescamente incitadora de una vecina.

Habrá libro que se leerá en una estancia anchurosa, muda, con poca luz, entre discusiones y humo de cigarros, y unas barbas grandes rozarán suavemente las páginas amarillas.

Habrá libro que abrirán unas manos de muchacha, por la noche, en acabando de cenar, y que tendrá encima unos ojos azules, ambiciosos, que irán bebiendo las líneas una á una para producir después, en un obrador ó en un paseo, una sarta pintoresca de comentarios.

Y habrá libros para el campo, y libros para agruparlos á otros, en un rincón donde nadie acudirá; y libros para ir, en éxodo accidentado, de tienda en tienda; y libros, para manos pequeñitas, y para manos sabias. Unos suscitarán rebeldías y otros aquietarán impaciencias, y todos ofrecerán el encanto de una violación, dejándose sobar y hojear como si la tersura de sus páginas fuera madorosidad de carne.

¡Cuántos amores para el libro! Ellos son aguas mansas que devuelven, en fiel reproducción, la visión de la vida. Son manos que surgen del aire gris para conducir y para ex-

traviar. Son pedazos de horizonte. Son besos y latigazos. Catalogan la vida, abren planos en las almas, y sirven de faros, y de asilos, y de mancebías y de templos. Pajarracos que cruzan un crepúsculo, favoritas que rinden á un tedio. Y son bondadosos y son perversos, y hasta, á veces, luchan entre sí, como gentes enemigas envenenadas por un rencor milenario...

¿Recordáis los tenderetes de Navidad?..

Lleno un barrio de rumor de zambombas y de gentes que buscan soluciones gastronómicas, este otro saca sus largos mostradores de tablas, cubiertos por libros diversos. Es una buena época en que el dinero pasa por todos los bolsillos; la época de celo para los que quieren soñar ó estudiar un poco. Bajo el cielo plomizo, todo es actividad. Siguen las mismas nenas gentiles taconeando sobre las aceras; pero no las escoltan los mismos hombres. Están en torno á los puestos de libros, prendidos cerca de ellos, como en los tentáculos de un pulpo invisible.

Se regatea, se registra, se mira por todos

lados. Aquel montón de sabidurías de lance y de quimeras en olvido, va mermando. Las gentes caminan por las calles con su libro bajo el brazo. Sonríen levemente, desafiadoras, altaneras, con cierta majestad de recién casado. Allí, en aquella obra, va la compañera, la mitad de risa que faltaba ó el nuevo surco en la frente.

Y habrá quien, por la mañana, en su cuarto, contemple á sus libros todos juntos dentro del estante, como bestias que supo cazar y domeñar. Fumará un cigarrillo pensativamente. Correrá las muselinas del balcón, y seguirá mirando...

«Aquel — pensará, mirando uno de pastas rojas —, aquel me enseñó á ser rebelde. Aquel otro — de pastas azules — me enseñó á ser bueno; aquel — de pastas grises — me enseñó á resignarme y á ser feliz... Y todos moldearon mi alma, tatuándola después con un exótico enjambre de colorines...»

Porque la vida, que es un poco salvaje, tiene para cada emoción una línea nueva y un matiz caprichoso.

VIII

LAS TRISTEZAS DEL VERANO

En la biblioteca todo es reposo y penumbra. Los balcones se cierran quedamente, unidas sus maderas entre la concordia de un intersticio de sol. Los libros, agrupados, inmóviles, insinuando vagamente las breves manchas de sus títulos, sueñan con las dilatadas vigilias invernales, con el lloroso *runrún* de los aguaceros, con la macilenta luz de las tardes plomizas.

El estío concede una liviana tregua á las melancolías y contiendas filosóficas que emanan de estos volúmenes, ahora inofensivos,

con quietud de monstruo dormido ó de clavicordio polvoriento, del que no se arrancan músicas lamentables.

Callan los libros. Calla el cerebro. Escuchan la canción viril del verano... De este verano loco, que pone en cada alma un cascabel.

Aquellas almas de hombre, que aún tienen tersura de mocedad, conocen unas tristezas singulares, que sazonan los días con algo de desaliento y algo de esperanza. Tristezas únicas que los decrépitos añoran y de las que los señores maduros se ríen; tristezas poco trascendentales, es verdad, que resbalan por el corazón, sin abrirle; que triunfan en epístolas largas, que saltan á alguna estrofa, y de vez en vez se interpolan entre la cháchara resplandeciente y como fútil de dos amigos.

En esos carteles de las empresas ferroviarias, acribillados de letras y números odiosos, se halla la clave de estas tristezas pueriles. Ellos nos hablan de la «Tarifa C ó X» para veranear, por mezquino gasto, en cualesquiera lugares donde la ilusión de la fres-

cura y del reposo se encuentre fácilmente, ó la tonante canción del mar se ofrezca.

Ellos hablan de combinaciones perversas que llenan los vagones de los trenes y nos arrebatan, camino de las playas ó de los retiros lugareños, á nuestras novias... No hay, en verano, camino impasible de hierro por donde, siguiendo la huella rápida de un tren, no vayan detrás, corriendo, enjambres de añoranzas y suspirillos de enamorado.

Nuestras novias se marchan. A lugares remotos ó cercanos, que esto tan sólo representa mayor ó menor número de cartas. Pero se marchan de nuestro lado, envueltas en la aureola de una ausencia... salpicando la bocaza negra de las ventanillas del tren con las blancas sonrisas de los pañuelos que dicen adioses; estelando, por las duras barras de los rieles, un surco de amores y de inquietudes que reconcilia á todos los puñados de tierra. Y nuestras novias se marchan, con una expresión dual de melancolía y alborozo, para volver con las primeras ráfagas septembrinas, tropezándose con aquellas leves ho-

jas de los árboles que sean las primeras en caer.

Quizá algunas de estas nenas van al Norte, á buscar, coquetonas, el anual beso de las aguas marineras que ha de comenzar en sus piececitos y, ensanchándose por sus carnes, quedará prendido, á modo de estalactita, en la crencha más cuca de su cabeza. Quizá otras no van tan lejos y llevan su juventud á una ciudad vetusta, con aroma de siglos que aún no acabaron de marcharse. Quizás estotras van á un rincón aldeano, á contemplar aspas de molino — inmóviles en una loma —, á corretear por pedregosas vertientes de sierra, á coger margaritas y á ver pasar los trenes bajo las acacias del andén.

Y ninguna va á buscar alivios á espirituales quebrantos; van todas á recoger bríos, á cambiar linfa por glóbulo, á llenar de sol el alma y á sentir en sus carnes el paso triunfal de la línea.

Van á hacerse más fuertes, á luchar, para vencer siempre, con la arrogancia del mar ó la majestad de la montaña. En vano, ante

estas muchachas que apetecen el galanteo de la vida, se alzan los montes y se soliviantan los mares: sus pies firmes todo lo abaten. Porque los colosos, tocados de cierta ruda cortesanía, saben amansarse ante yugo tan gentil, y de las cimas caen brisas tonificantes y de las olas surgen manos cariciosas de artista, que modelarán sus cuerpos.

Cuando apunte el otoño, estas bandadas de nenitas tornarán á Madrid transfiguradas, nuevas, como si hubieran lavado sus rostros y sus espíritus en las ondas de una primavera milagrosa.

Aquí quedamos nosotros soñando con su regreso, escribiéndolas epístolas exaltadas, donde todos, sin pretenderlo, nos sentimos poetas por primera vez, y se inicia en el cerebro la comezón de pulir los amorosos decires y de rematar magníficamente los párrafos. Todos somos elocuentes, y evocamos, con sabroso amor propio, á nuestras nenas releyendo las cartas, por un sendero largo ó á la vera de la playa, ó junto á las muselinas del balcón...

Y, sin querer, escribiendo, hacemos dulces promesas que el invierno extingue; y, sin querer, soñamos un poco; y, sin querer, mentimos bastante...

Ellas están lejos. Tal vez piensan algo en nosotros. Ardientes ó lánguidas, histéricas ó mansas, elegidas ó vulgares, todas se muestran más tentadoras cuanto más lejanas.

Pronto vendrán rendidas ó zalameras. Vendrán todas en desbandada alegre, dejando sin dolor esas olas que continuarán cortejando á las playas; esos caminos con árboles gallardos entre cuyas ramas se enredará la luna; esas montañas en cuya crestería refulgirá la nieve.

... Vendrán esas novias sin morbideces pecadoras ni arrumacos perversos, gustosas de la quietud y de los diálogos hechos con las mismas galanterías y las mismas gratitudes, que no conocen más que una temperatura inalterable, un cielo de un solo color, una hora de sesenta minutos.

Nenas que nos quieren mucho y lo dicen pocas veces, turbadas por un rubor que no

nos explicamos nunca; que nos dan un beso largo y luego se callan, ó suspiran, sin que el ritmo de su sangre parezca romperse; que escriben en sus cartas dos carillas, y un poco más con los mismos renglones menuditos, y luego terminan: «No escribo más porque no tengo tiempo», aunque ellas sepan que nosotros sabemos que se pasan el día revolviendo la costura ó recortando los folletones de los diarios; y, cuando nos ven, aunque sea luego de muchas inquietudes y de muchas horas, nos dicen: «¿Cómo estás?» con el mismo aire humilde que ponen en el «Que no dejes de escribirme», con que epilogan sus lentos paliques... Mujeres silenciosas, sin zalamerías ni sacudimientos de pasión, que prometen unas dulces esposas, siempre pasivas, siempre resignadas. Y que desean entregar el triunfo de sus pechos á la voracidad de los chiquitines que les traiga el matrimonio, y sueñan, todo lo más, con que su marido tenga siempre trabajo y no haya un ministro cruel que le deje cesante...

Vendrán también esas nenas todo nervios, todo greguería, todo charla loca y pintoresca, que tienen en sus ojillos dos gotas de luz, y en sus labios besos de vampiro y en sus manos apretones largamente cálidos... Nenas que saben recogerse la falda lo necesario para que la tentación sonría y la honestidad no reclame; que ríen en todas las horas; que nos quieren mucho una tarde y otra nos enfurecen, y conocen la suprema sabiduría de suscitar un rompimiento para saborear más tarde una concordia.

Muchachas deliciosas que nos adoran porque somos un poquitín embusteros y algo pillos; porque somos decidores y de apariencia frívola, aunque, á ratos, nos pongamos solemnes y acertemos á verter en sus oídos taimadas galanterías; porque saben que hemos hablado con otras novias, y trasnochamos, y damos voces en el café y tenemos amigos que nos aconsejan que regañemos con ellas. Nenas gentiles que piensan poco, y en el fondo son ingenuas, y aunque no discuten de poesía, nos dan besos largos, largos,

durante un crepúsculo; y un día, revolviendo «sus papeles», vemos muy guardadita una flor que la regalamos cierta tarde, de la que ya no nos acordábamos, y otro día, de improviso, sin dejar de sonreir, empiezan á recitar los versos de una postal que la habíamos dedicado...

Vendrán todas. Las novias que nos dan un ensueño y las que nos le amortajan; las que compendian nuestra vida en un «¡Qué loco estás!» y un «¡Cómo me duele la cabeza!» Vendrán para el otoño, por las mismas vías, en los mismos trenes, con el mismo revuelo glorioso de todos los años...

Y, entretanto, en la biblioteca todo es quietud. Los libros, inmóviles, esperan. Las puertas de los balcones se unen, hermanas, y, por entre ellas, pasa una rubia veta del sol...

IX

LA PRIMERA PALABRA

«Disminuyen los días.»
(Con letras gruesas, en cualquier calendario.)

El amanecer ha saltado ya por las tapias viejas, se ha enredado en unos zarzales indómitos, ha iluminado la gallardía triste de un eucalipto, ha vadeado un riachuelo, ha saludado á la veleta de un caserón, y temeroso al comienzo, ya ágil y despreocupado después, ha avanzado Retiro adelante.

Dormía la tierra y dormía el aire y velaba una fuente con lacrimoso canturreo. En una plazoleta clareaba medrosico el círculo pétreo de un estanque, y en sus aguas muertas un pececillo madruguero abría, con su boca, un

aro de silencio y de temblor. La tierra respiraba humedad; caminitos, sendas y paseos blanqueaban acosados por árboles negros, y alguna vez se reunían, y entonces hacían como que cuchicheaban ante la tardanza del amanecido. Una rana cuarreó solitaria y grotesca y un rayo solar, el primero, se fué hacia la hierba verde y húmeda y comenzó á hacerla el matinal tocado de vestirla con oro.

Ya los clarores matutinos vienen retrasados. A la impúdica luz del día, el verano va mirando tras sí, porque su sombra le persigue y su sombra traza la silueta, algo torturada y confusa, del otoño. El sol se hace tacaño y los crepúsculos, sus hijuelos inexpertos, se ensañan en ser pródigos.

A pesar de todo, el amanecer ha llegado al Parque inmenso, antiguo lugar de fiestas soberanas, asilo hoy de plebeyas expansiones. Y no bien un viejecillo, con ancho cinturón á la bandolera, ha abierto la puerta de hierro, entre la salutación dolorosa de los goznes, una bandada de mozos y muchachuelas ha

entrado charladora, alborotadora, encantadora.

El viejecillo ha prendido fuego á un cigarro. Los invasores han principiado á correr y á reir. La puerta ha quedado abierta, invitando al reposo, al vértigo, á la meditación y á la bagatela...; puerta noble, puerta bondadosa de jardín que no detiene á ninguna mocedad de carne ni á ninguna senectud de espíritu.

Son estas las mañanas del Retiro, que nosotros, con sentimental regocijo, llamamos «mañanitas». Son mañanas de domingo, de domingo de alma y de donaire y de galanía y de enamoramiento. Paz y ventura que pasan por los corazones una vez cada siete días, y esa vez florece y deja perfume y añoranza para toda una semana.

Vulgaridad de oficina, lobreguez de tienda, aridez de libros de texto, tortura de obrador, miseria de casa... esto, con azotar á tantas vidas, no salpica al Retiro. Como esos hombres creyentes, de razas remotas que dejan sus sandalias á la puerta del tem-

plo, estas gentes sencillas, amigas del señero parque, se dejan afuera, más allá de la verja obscura, todo este lastre penoso de sus almas. Así entran en el jardín ligeras y como devotas, con aquel desenfado y aquella luz del primer rayo del sol que saltó las tapias viejas y se enredó en unos zarzales y arrulló la copa de un árbol y vadeó un río y se escurrió entre dos troncos.

El Retiro, florido y vasto, es una canción de reposo al que ponen un estribillo de zambra estas buenas gentes.

Vedlas ya llenando las plazas, retozando por las alamedas, jugando, con trazas infantiles, á infantiles entretenimientos. Se burlan de la calle ancha que duerme entre dos filas de estatuas mutiladas, injuriadas á todas horas por la impiedad de los años y la plebeya algarabía de estas gentes. Se burlan también de las fuentes serenas que lloran con el mórbido chorro del agua, entre soledades y olvidos. Se burlan del ciprés grave y elevado que plantó no sé qué mano cruel en el centro de una plaza, atisbado por una

muchedumbre de árboles distintos, que le cercan, como transparentando un enojo ó una envidia acerba.

No hay piedad para el jardín, habiendo para él tanto amor. Se busca el reposo del jardín para proporcionarse el sibaritismo de ahuyentarle. Y contemplándole un momento nada más, tan hermoso y tan extático, tan verde y tan hospitalario, adivinamos el por qué de estas predilecciones de la muchacha madrileña á las ventanucas con tiestos, á esos patios anchos, sobre cuyas losas cloquean los zuecos de un cochero ó se oye el martillo nervioso de un remendón ó la voz clara de una planchadora.

Esta mañana el Retiro hervía de gente; muchachas en esta plazoleta, en aquella avenida, en el camino lejano. Muchachas saltando una *victoria,* jugando al corro, al *viudo*, al escondite, á las cuatro esquinas. Pero muchachas—humildes ó altivas, obrerillas ú ociosas—, feas todas, feas, dulcemente feas, risueñamente feas, graciosamente feas. Y madres enlutadas, decrépitas, acartonadas,

amarillentas, contemplando los juegos y sonriendo gozosas y vigilantes.

Belleza inmortal, señora, maga, reina, ¿dónde estabas? No en los rostros; sí en los vestidos, en las cabelleras, en los labios, en el ambiente, diluída con sabia modestia. Pero en vano la pluma, forzada á decir loas de estas muchachitas deliciosas, pugna por callar la verdad. Las nenas de hoy eran feas; no había en sus rostros una línea, unos ojos, una carnación maravillosa, agradable siquiera. Y, sin embargo, hoy es domingo y suenan las risas de igual manera y revuelan las faldas con la gentileza de siempre y el parque es el mismo y hay un sol que parece el de hace ocho días, que se quedó extraviado entre estos árboles. ¿No eran las mismas de todas las mañanas domingueras estas mujeres? ¿O es que nosotros, al salir de casa, nos dejamos la poesía llenando la huella blanca de la almohada?..

Yo me imagino hoy un día como pocos. Ese turbión de mujeres irá de paseo, llenará los bulevares, las *Kermesses*, las plazas con árboles, y ahuyentará el donaire volandero,

el callejero piropo, la fugitiva mirada emocionante y habladora.

Por Madrid correrá un viento maldito de desolación y de soledad. Las muchachas caminarán sin la escolta de un conquistador, de uno de esos mozos que viven una vida incoherente, vuelta del revés, y cuando se hallan ante los libros evocan la dulce visión de las muchachas del Retiro, y cuando charlan con ellas se ven en el trance de recordar con desesperación la indiferencia con que á los libros distinguen.

Mujeres feas, calles sin verbosidad de conquistas incipientes... ¿A quién debéis este nuevo pesar?.. Tal vez sea todo ello una alucinación del que fué esta mañana al vasto jardín solo y pensativo, curioseándolo todo y prendiendo á cada observación una melancolía. Indudablemente, no había ninguna mujer fea esta mañana en el Retiro. Ese paseante torvo y filósofo soñó una sola vez y tuvo un mal sueño: que en las caras de estas muchachuelas el otoño empezaba á escribir la primera palabra de su primera elegía...

X

MIRANDO AL OTOÑO

Del cielo turbio cae una llovizna sutil, taimada, que no produce rumor y suscita, sobre las aceras, un barro fino y pegajoso.

Lluvia de principios de invierno, hipócrita, perseverante, que acaba de dar carácter definitivo á Madrid, porque obscurece más los tejados de zinc, lleva más desolación á las ringleras de arbolillos secos del Canal, del Retiro ó de los bulevares, y, sobre todo, hace brillar el asfalto de las calles, donde no hay reflejo temblón que desagrade: tristeza de coche y penco; turbonada de chiquilla y paraguas; parpadeo loco de arco voltaico, azuloso, impreciso; serenidad macilenta de

farol público, pobre farol que luce de madrugada, cuando Madrid ha cerrado los ojos y solamente unos golfos y unas lumias ríen soeces ó sisean impúdicas mientras la llama lívida y cansada se deja peinar por el aire serrano.

Sigue cayendo la lluvia. Otoño llega lentamente por los caminos, entreteniéndose en derribar las hojas de los árboles; pasa por los viñedos y arroja una canción; cruza ante las eras y deja una añoranza; y cuando llega á la Corte, formal ya, comodón y muy de su época, se guarece bajo la obscura prosa de un paraguas.

Al través de los cristales del balcón, miro á Madrid con esa fijeza inconsciente que trae toda melancolía.

La lluvia ha cesado con la misma silenciosa transición con que empezó á caer. A poco, un organillo, arrastrado por tres mozancones, rompe á tocar. Una vuelta de vals rápido y sin alma: en seguida los aires alegres, incitadores de la danza—remos que mueven veloces una evocación—del paso-

doble volandero, frívolo, adorable que llaman la *matchiche*. Y, súbitamente, desde las campesinas desolaciones que hemos entrevisto un poco más allá de las sinuosidades pintorescas de los tejados madrileños, damos un salto á aquellos salones de color, hoy clausurados, antaño rellenos de zambra, de luces, de colorines y de despreocupación. Suena, al cabo de varios meses, la voz melíflua de Consuelo, *la Fornarina*, que anunciaba: *Aventuras de don Procopio en París*...

En el cilindro de estos pianos va girando pesadamente la vida cortesana. Todo el invierno anterior brota, juguetón y fresco, de entre estos clavitos que chocan contra las teclas. Delicioso estribillo que ha vivido en muchos labios, finos y plebeyos...

«El buen señor
es un conquistador...»

La raquítica sala de «Actualidades» está desierta y muda. Afuera, un cartelito blanco, dice toda la pena de una deserción y la fos-

cura de una órden gubernativa: «Se traspasa este local.» En Romea funciona un cinematógrafo para chicuelos, niñeras, sensibles industriales y matrimonios jóvenes bien avenidos. En el Central Kursaal se celebran partidos de pelota, y en aquel aire de la sala inmensa, que encantaron las luminarias eléctricas y las canciones picarescas y los bailes exóticos, flota hoy el rencor de las apuestas, la codicia que salta de las camisetas rayadas de rojo á las rayadas de azul.

La despreocupación divina de los pasados tiempos, que acicalaba á tantos espíritus, ha huído de aquí. ¿Dónde resuena aquel castañeteo de dedos de la inimitable, fuerte y transfigurada «Pastora Imperio?» ¿Y la voz suave, aniñada de la Candelaria Medina? ¿Y la mimosa, amadísima de la «bella» Juanita? ¿Sobre qué fondo rojizo de escenario traza su hieratismo y gentilidad aquella india deslumbrante «Mata-Hari?» Y aquella inglesa «Lucy» y su negro bufón, ¿dónde bailan aquel baile de amor y de extravagancia que llaman *cake-walk?*.. ¿Y dónde están aquellas

siete deliciosas «Florences», que movían sus brazos de nieve al compás de un ritmo de carne y de melodía inolvidables?..

Se nos han llevado nuestra juventud.

«El buen señor
es un conquistador...»

Nuestra juventud se marchó raptada por el invierno último. Reíamos con la risa dura y roja de estas mujeres que no vemos ahora; cantábamos con sus canciones; y ellas, en reciprocidad justa, se vestían con nuestra lujuria, hacían suyas nuestras miradas codiciosas, nuestro alborozo, nuestra fiebre. En aquellos teatros ó salones corrían brisas de fraternidad, de amor, de compañerismo. Todos nos conocíamos, porque nuestras almas vestían de uniforme.

El pianillo sigue tocando. Manos invisibles arrojan á la calle monedas y monedas. La *matchiche* triunfa aún...

La vida del campo, de los caminitos florecientes y umbrosos, del apartamiento, del ensoñar lejos de Madrid, ha muerto. Envueltos

en la última ola del verano, nos vemos arrojados todos á la misma playa. Una playa odiosa, con mesas de mármol, con lunas refulgentes, con mozos calvos, con un violinista que, en pie junto á un piano, hace dolorosas cosquillas á un violín y tropieza con Beethoven para ir á saludar al tango de moda en el Cómico.

¡Vida de café!

La tengo un pavor invencible; siento anticipados ahogos al recordar el ambiente denso, de humaredas y chismorreos, el local mezquino, lleno de claridades artificiosas, de ruidos, de gentes burguesas que, luego de cenar, toman su vaso de achicorias y leen *La Correspondencia.* Afuera gime el invierno; tras las ventanas turbias pasan siluetas veloces; el mismo gabán que se encorva bajo las mismas inclemencias; la nieve que salpica juguetona; el coche que traquetea raudo, y, allá lejos, entre los faroles solitarios, las aceras, las calzadas, que van blanqueando...

¿Tertulias? Seis, ocho amigos sentados sobre el diván; á un lado, un fosco hacina-

miento de sombreros y abrigos; los mismos monigotes sobre el mármol; el mismo mozo que coloca el eterno servicio de café; risotadas y silencios iguales, que nos trae, bien empaquetaditos, el invierno.

Y después, seis, ocho hombres sentados que vienen al café á matar el tiempo y no acaban de matarle nunca; que charlan de un amigo ausente y le despellejan; que alguna vez exponen una idea, y discuten y se ofenden; que siempre, siempre, cuando salen á la calle, se embozan bien, meten las manos en los bolsillos, pisotean recio, miran un momento á derecha é izquierda, ven pasar á una mujer bonita envuelta en pieles, murmuran un—«¡Vaya una señora de una vez!» y después se desparraman cada uno por un lado, al arrimo de las aceras, mientras una vieja, muy vieja, vocea:—«¡Heraldoooo!..» y un truhán corre, porfiado:—«El gordo, señorito... ¡Vale tres pesetas!..»

En estos pasados meses, la vida luminosa, blanca, del estío. Dentro de poco, la vida amarillenta del café. Las autoridades, en

nombre de la higiene—hoy la moral vive libre de alusiones gubernativas—, nos han cerrado los salones de color, y dentro, entre el polvo y la sombra, se ha quedado, aturdida, nuestra juventud. La única perspectiva que nos ofrece el invierno es chiquita y antipática: afecta la forma de la calva de Paco, el camarero de «nuestro turno»...

En mala ocasión han venido estas lluvias y este pianillo. La *matchiche* es un engendro de nuestra fantasía.

Aquellas mujeres que la cantaban, uno de esos cortejos nutridos y tentadores que nuestra imaginación ha bordado sobre la lujuria de una hora. En vano correteamos por las calles buscando el pórtico, lleno de luz y de repicar de timbres, de Romea ó de Novedades.

Y da pena pensar que aquellos cuartos, donde tantas hermosas se peinaron, están ahora vacíos; y que en el escenario, en los patios de butacas, la poesía de los lugares abandonados se pasea aburrida...

Ha venido el crepúsculo, la hora vaga en que parece que llega á los balcones donde los

desocupados se asoman, el suspiro penoso de las oficinas, de los talleres, de las fábricas. Otra vez comienza á caer lluvia menuda, silenciosa. Se avecina una noche interminable. Recordamos nuestras penas; la lumbre del cigarro rasga de rojo el aire gris del cuarto.

¿Adónde ir después de cenar?.. La casa, por sernos tan familiar, nos asusta; los muebles ofrecen la misma actitud; hay un retrato en la pared al que ya miramos con verdadero enojo; y estas paredes, cuyo adorno cambiamos con febril constancia, parece que, en lugar de atraernos, nos empujan...

¿Adónde?..

A la calle, á vagar sin rumbo, desde una cartelera á la puerta de un café; á ver si encontramos á un amigo, á cualquiera, que nos es necesario; á contemplar á estas muchachitas ágiles, ingrávidas, que se recogen las faldas perversámente y enseñan el brillo taimado de unos zapatos de charol...

XI

MUDANZAS

Esta mañana el cielo se puso un traje claro de primavera y daba gozo pasear por Madrid. El sol era amarillo, bien amarillo y débil, y envolvía con un ropón de oro las siluetas macilentas de esos vagabundos, pordioseros y desocupados que bullen sobre las aceras en las primeras horas de la mañana. En los arbolillos escuálidos aún pendían algunas hojas secas, aguardando resignados la ventolera rauda del crepúsculo vespertino que se las llevaría más tarde, á lo largo de los andenes de *portland*, envueltas en un lamento y en una polvareda.

Inducen á meditar estas acacias madrileñas que algunos hombres con bastón de Alcalde y corazón de poeta hicieron plantar entre dos ringleras de edificaciones altas y vulgares, por donde pasan chicuelos vendiendo periódicos con «la lista del nuevo Ministerio», y hay gritos de urbe y coches que se aglomeran y gentes que salen de la Bolsa y entran en los teatros á ver la pieza sicalíptica de moda. Inducen á pensar estos arbolillos jóvenes, que en primavera, á pesar de verse rodeados de tanto prosaísmo, tienen el valor de soñar un poco y de lucir sus bracitos llenos de hojas verdes y de blancas flores. Inducen á pensar y á que se les mire con pueril caridad: ellos, tan delgaditos, tan poco derechos, tan pobretones, tan lejos de su mundo, esperan, esperan siempre, al pie de esas casas enormes que tienen en sus portales hombres colorados con levitones azules y por donde desfilan tantas muchedumbres que no pueden ni quieren hacerles caso.

Estos arbolilos no tienen ninguna jerarquía en la Corte, no ocupan otro lugar que el que

de antemano les señaló el obrero municipal; y en las antiguas salas del Concejo se habla alguna vez de ellos vagamente, entre gritos y campanillazos, con cargo al capítulo tal, título cuántos, donde se consignan las cantidades que exige el «ornato y embellecimiento» de la población. Les alimenta el parco Municipio y la tierra generosa; les aseguran, su lozanía los cielos primaverales, y su inamovilidad los expedientes oficinescos.

¡Oh, arbolillos de los bulevares, de los barrios excéntricos, de las calles por donde pasa el tranvía!.. Nacisteis del extraño maridaje del Ayuntamiento con la Naturaleza, y un transeúnte sentimental os consagra, en estos renglones, un homenaje de gratitud y de amor... Porque, como dije antes, sois dulcemente resignados y hacéis correr á las almas melancolía abajo. Esperáis á todas horas, sin rebelaros nunca. Una primavera os presta hojas que, poco más tarde, el otoño os hurta, con taimada ostinación. Un Alcalde os arranca de un campo inmenso y otro Alcalde os planta en medio de una calle triste,

lejos de los niños con trajes blancos, de las parejas de novios, del tren que pasa ó de los cencerrillos de los rebaños que rebullen bajo el crepúsculo.

Y cuando llega una mañana, como la de hoy, un sol amarillo os amortaja con oro y un transeúnte desocupado os mira con simpatía.

Entré en la casa de mi buen amigo, que, en mangas de camisa, con el pelo revuelto y un viejo traje lleno de polvo, empaquetaba sus libros apilándolos junto á las paredes. Preparábase para una mudanza: esa cosa profundamente triste, que los camiones no comprenden, ni los mozos tampoco, ni las gentes que ven rodar esos camiones lentamente por las calles.

El cuarto de mi amigo da á un jardín pequeño y triste, uno de esos jardines que aquí, en la Corte, nacen sin saber cómo, entre cuatro murallones de ladrillo rojo, acribillados de ventanas por las que, de mañana,

canta una cocinera robusta, ó por la noche, parpadea una lucecita misteriosa. El jardín tiene dos rosales, un estanque diminuto con una apacible reunión de peces colorados, eucaliptos de tronco descascarillado, un cenador con maderas verdes, un perro que duerme con una mosca que le ronda, y un pavo de los vulgares, un pavo de «por acá», con su fleco rojo escurriéndose sobre el pico y una triste cola que no se abre nunca en abanico.

No sé si algún gorrión bohemio, de los pocos gorriones que se avienen á vivir entre chimeneas y palos del teléfono, llegó á enterarse de la existencia de este jardín, que es jardín y corral—¡oh dolor!—á un mismo tiempo.

Pero recuerdo haber visto, algún día lejano de Abril, á un pajarillo que saltó desde el eucalipto de la derecha al de la izquierda, que mojó el pico en el estanque, que revoloteó un momento cerca de la verde celosía del cenador, y que se marchó en seguida.

Indudablemente, aquel pájaro era algo más exigente que nosotros, y huyó chasqueado en busca de sus vecinos de alero ó de sus veci-

nos de rama, para murmurar donosamente acerca de estos jardines que se permite tener la capital entre cuatro caserones.

Al cuarto de mi amigo llegaba, sin embargo, por las mañanas un poco de frescura olorosa, y por las noches un poco de susurro y hasta cierta musiquita de misterio. Y mi amigo, á la vera de todo esto, escribió centenares de cuartillas exquisitamente pensadas y amontonó volúmenes y periódicos en los estantes y sobre las sillas.

Pero ahora abandonaba aquel lugar silencioso, orientado al Poniente — esa puerta de escape del cielo, por donde el sol se marcha sin ruido—. Las paredes estaban desnudas; la librería sin un libro; los muebles habían desaparecido.

Todo eran paquetes, bien atados y envueltos; soledad, desolación. Flotaba, con el polvo, esa incipiente tristeza que precede á las puertas cerradas, á los cuartos vacíos, á los corredores desiertos.

¡Ea! A buscar otra habitación, otras paredes, otros tejados ú otros jardines. Estos nos

son harto familiares, y en el interior de las casas, como en lo recóndito de los seres, cierto duende maldito, en una hora trascendental, musita la suprema palabra «tedio».

¡Adelante, siempre! Es preciso caminar en todas ocasiones, y aunque nuestra vida humilde no deje surco en el mundo, que lo deje siquiera en todos estos cuartos que vamos conociendo. Vivir por vivir, ¿qué supone el dejar un rastro de luz entre las multitudes ó un nombre más, inexpresivo y mudo, en un contrato de inquilinato?..

Lo esencial es correr de un sitio á otro, dejar una huella — de alas ó de ruedas —; amar lo desconocido y añorar lo abandonado; luchar con el arte junto á un jardín mísero, ó luchar con la vida á ras de los tejados; morirse de pena en una oficina ó disipar el ingenio en una camarilla de café. ¿Cuándo podremos saber si ese espíritu incognoscible que descorre las cortinillas de nuestra cuna nos empuja ó nos arrastra?..

***

Contemplaba yo con tristeza el cuarto desamueblado. Algún periódico yacía aún por el suelo; rodaban confundidos trozos de papeles escritos, láminas rotas, cartas antiguas. Cosas inútiles, páginas de libros y mil objetos diversos y antagónicos se reunían al azar, arrojados allí por la fiebre del viaje.

En las paredes quedaban clavitos, señales, cuadrados obscuros donde el sol no había resbalado durante mucho tiempo.

Y pensaba románticamente en estas habitaciones donde pasamos varios años de nuestra juventud, entre languideces y entre delirios; donde hemos leído la carta de una novia que nos quiso mucho; donde hemos estado enfermos; donde hemos reído y charlado con los amigos buenos, entre bocanadas de humo; donde hemos hojeado el libro aquel que codiciamos tantísimo ante el escaparate; donde hemos tenido frío y hemos estado solos; donde hemos trabajado, y hemos mirado con fijeza al aire en momentos de alumbramiento cerebral, estéril unas veces, feliz otras y doloroso siempre.

Pensaba en estas paredes que mi amigo llenó de apuntes, de fotografías, de grabados, y los cuales cambió de lugar en ocasiones diversas; en este balcón cuyas maderas abrió en días de luz, tarareando algún desenfadado *couplet* aprendido en la noche precedente; en este cuarto, en fin, donde primeramente estuvo la mesa á la derecha y la librería á la izquierda; donde un retrato saltó de una pared á otra, ó no volvió á figurar en ella.

Y ante la desaparición de todo esto, observando los papeles que quedaban abandonados por inservibles y los papeles que continuaban su peregrinación, mi melancolía se hizo más ancha, y, sin saber por qué, cobré un afecto repentino, profundísimo, hacia este cuarto, donde yo también, como otro montón de cosas inservibles, voy á dejar tres años de mi vida, pasados junto á este gran amigo mío.

—¡Oh!—me dijo una vez—, ¡qué artículo puede hacerse de todo esto! Sería curioso divagar, fantasear acerca de las cosas que podrían contarse los papeles que se marchan y

los que se quedan, acerca de estos libros y estos muebles que no volverán á ver estas paredes!..

Antes de salir miré al jardincillo. Todo seguía impasible: los eucaliptos, el cenador, el estanque, el perro y su mosca. Sonaba el canto grotesco, como de susto y de burla, del pavo. Hubiera querido retener para siempre aquella visión que, poco á poco, el tiempo irá cubriendo de polvo. Pensé también en las gentes desconocidas que vendrían alguna vez á ocupar este cuarto, y confieso que mi imaginación, un poco exaltada, engendró moradores imbéciles y odiosos.

Pero, ¿para qué delirar?.. Así nos sirven la vida, y ridículo es rechazarla. Mi amigo y yo salimos á la calle, y detrás venía el camión lleno de muebles, rodando lentamente bajo un sol suave y claro de España.

Comenzamos á hablar con cierta tristeza de las tristezas de la mudanza; encendimos después un cigarrillo; más tarde comenza-

mos á hacernos confidencias acerca de trabajos en proyecto, y, por fin, pasó una mujer bonita junto á nosotros y nos olvidamos del camión, del cuarto, del jardín y del cigarro, y nos pusimos cada uno al lado de la hermosa, escoltándola con una charla que empezó en un requiebro y vino á morir en una oración.

XII

DE LA GRAN ACADEMIA DE LA RUTINA

Pasó ya la pueril, emocionante ceremonia. Hétenos en año nuevo, gozando la frescura de estos días de invierno, cuadriculados por la sombra perversa y el sol bondadoso.

Pero ¿á qué negar que hace pocos días levantamos con silenciosa unción, con hierática gravedad la primera hoja del calendario, aquella donde el *uno*, erguido y negro, parecíónos el jalón inicial de un camino inexplorado, sin huellas de sandalias y con aroma indeciso de misterio?

Confesemos que, en aquel trance solemne, nació en nuestros profundos un deseo jo-

cundo de cambiar de vida, un sincero propósito de enmienda, de llevar una risa nueva á nuestros labios, de emperifollar mejor nuestro vivir, de quitarle el polvo de los días pasados, de abrir en él una ventanita que dé á una soñación ó á una esperanza; ventanita bebedora de sol, de aires puros y de cielos limpios.

Confesemos, sin incurrir en metáforas peligrosas, que sentimos en nuestro pecho un rumorcillo grato, como si hubiésemos advertido que el corazón, cansado de una actitud molesta y antigua, cambiaba de postura.

El alma le musitó al calendario:

«Hermano, hermanito mayor, yo te prometo enmendarme. Desde hoy seré otra, porque reconozco mis errores pasados, mi atolondramiento estéril, mi histerismo de caprichosa y de aburrida.

»Este año emprenderé una peregrinación larga, muy larga, en busca de caminos nuevos y de mesones, que no sé dónde están, pero á cuyas puertas llamaré demandando una limosna de emoción.

»Seré curiosa é infatigable; romperé las gasas de muchos crepúsculos; oiré la canción de muchos corazones; saltaré desde las riberas floridas á los senderos guijarrosos; correré á la luz de las alboradas y me detendré á descansar bajo la paz de muchos mediodías. Iré á los mares para aprender un ritmo; iré á los campos para beber una belleza; treparé hasta un lucero para saber cómo se mira á la tierra desde lo alto; iré á una montaña para escuchar impasible la voz del huracán; me sentaré junto á una piedra y estudiaré la resignación; miraré á los ríos, y ellos me dirán cómo se corre y se canta á un tiempo.

»Y después, avanzaré hasta las ciudades; respiraré su fiebre, sentiré su vértigo, me mezclaré entre los corazones de las gentes y, oyendo los himnos y las alegrías de unos y de otros, conseguiré, en alguna mañana fresca y radiosa, romper á hablar en una lengua universal, llena de armonía y de amor...»

Pero estas lindas promesas no quedan reducidas á otra cosa que á promesas. Es la

serenata que las almas, todas las almas, dedican una sola vez, desde hace muchos siglos, al año nuevo. El calendario ya lo sabe, y sonríe bondadoso; que su risa es esa sarta inacabable de días y días, de soles y soles, de lluvias y lluvias.

...Desvanecida esta leve emoción, este revuelo romántico del alma, el alma torna á posarse sobre el vivir habitual, inmutable. En él pasa sus siestas y en él acaba una vez por dormirse definitivamente. Aquel grito — como de arrepentimiento tardío — que la muchedumbre exhala al extinguirse la Navidad, ha fenecido. Aquello de «Año nuevo, vida nueva», es una de tantas inconscientes embusterías sonoras con que corroboramos nuestra fiera manía de vivir.

— ¡Año nuevo!

El tiempo, que es habilidoso y cuco, ha aprovechado los restos de los años anteriores y nos ofrece uno más con empaque de cosa recién hecha y flamante. Se nos antoja desconocido, á pesar de haber sido formado con carne de nuestra carne; y le creemos otro,

cuando, á lo sumo, se nos presenta con cierto traje, traje de hechura modernísima, pero de telas viejas y usadas.

«Vivamos, pues. Vivamos como siempre hemos vivido»; se dicen las gentes. Apetecen oir, en todos los trances, el blando *ritornello* de lo conocido, de lo familiar, de lo que ha sido pasado y se obstinan en hacer presente. A lomos de ese Pegaso con orejas de burro que se llama Rutina, van de suceso en suceso, que equivale á decir de año en año.

La cabalgata de las horas va pasando, y mientras, la humanidad recorre entre sus huesudas manos el rosario del vivir habitual; ese rosario cuyas cuentas se llaman careta carnavalina, claveles cuaresmales, primera de abono, zambra de verbena, sombrero de paja, playa de moda, buñuelos de viento, besugo y sopa de almendras, y melancolía volandera, levísima, de fin de año.

Las rígidas leyes se filtran por todas partes; en las casas, en los espíritus, en los estómagos.

Hay corazón que espera una noche de Junio y una boca entreabierta por la risa, para enamorarse. Hay estómago que se regocija ante el asado pavo de nochebuena.

Y no falta el intraducible alborozo del balcón, desnudo siempre, acariciado por las aguas llovedizas ó por los soles implacables, que espera aquel día prefijado en que habrá de verse cubierto por una colgadura; y botijos tristes que cuentan su vida por noches de verano, y almitas de nena que recuentan sus gozos por *Kermesses*.

Buenas gentes: gentes que habéis nacido para hacer multitudes y generaciones, no mintáis con tanto impudor en estos días tímidos de Enero.

¿Por qué habláis aún de vida nueva? Este año seguiréis hablando de la *sicalipsis* como de un trascendental descubrimiento de la terapéutica espiritual; este año discutiréis aún si *Bienvenida* baila ó no baila cuando da unas verónicas; este año tornaréis á llamar ilustres á unos cuantos jumentos literarios ó

políticos; este año discutiréis aún qué es eso del «modernismo»; este año amaréis á vuestras novias con las consabidas almibaradas efusiones de siempre; este año repetiréis que la música wagneriana es un infierno de trombones y de bombardinos; este año llevaréis chambergos y chalinas para demostrar que sois exquisitos; este año jugaréis á la lotería; este año, cuando os hablen de literatura, exclamaréis: «¡Ah! Pero ¿y ese *Quijote*, dónde me deja usted el *Quijote?»;* este año llamaréis gracioso á Chicote y tiple á la Brú; este año tomaréis café con la fatal, inevitablemente fatal, media tostada; este año os burlaréis de la levita de Weyler, y comeréis el sustancioso cocido, y fumaréis, aunque os envenene, el tabaco de cuarenta y cinco, y ladearéis la cabeza con aire de irresistible seducción para murmurar el eterno piropo á la vera de la modistilla de siempre; jugaréis al viudo en el Retiro y os afeitaréis los sábados, y asistiréis los domingos al teatro; y tendréis, ¡no asustaros!, vuestro *Tenorio* por Noviembre, y daréis la enhora-

buena á algún amigo, con vuestra facilidad é inconsciencia de todos los años.

Omnisciente, hechicera, magnífica Rutina, ¿en dónde naces? ¿Dónde te detienes? Como aire se te respira, como pan se te apetece; como sombra se te mira, y se te teme como bruja. Eres la dulce novia de la humanidad. Te pasas la vida paseando de un confín á otro del mundo; fajas á la universal familia, que es demasiado débil ó demasiado idiota. Eres, además, libro de texto y cédula personal; casero afortunado á quien todos pagan religiosamente; ídolo lleno de avalorios, ante el cual se postran todos; obra de repertorio; apretón de manos, enfermedad, cuna, risa, dinero, principio y fin de todas las cosas...

¿Cómo, pues, hemos de atrevernos á murmurar de ti los que nos creemos insobornables?

Nosotros acabaremos por secribirte una tímida declaración de amor que enviaremos con la bonitura de un ramo de flores y el uniforme rojo de un «chico del Continental».

Nosotros sabemos, muy bien, que gustas de que «los niños se acerquen á ti». Al borde de nuestra vida desorientada, tú, sentada, esperas siempre.

Porque el calendario, al que — ¡también nosotros!—confiamos nuestra soñarrera sentimental de año nuevo, se ha acercado á ti para contarte que todo ello ha sido un inofensivo embuste, y que nosotros, ¡nosotros también! entraremos un día al café, pediremos café «con media» — con media de abajo—, y leeremos la estafeta taurina del *Heraldo*, haremos después dos chistes, murmuraremos de los ausentes, encareceremos las pantorrillas de la Fons, creeremos que «este desdichado país» no tiene cura, y acabaremos por hablar de política...

XIII

DEFINITIVAMENTE

He intentado escribir hoy una epístola extensa y razonada á una amiguita mía que siente hondo y piensa bastante. Se me ocurrió apoyado en el balcón, ante el crepúsculo más vago, más diáfano y más impreciso que ha tenido Madrid. Pero ¡esa pluma rehacia que espera junto á la boca inagotable del tintero!

La hora de las confidencias se disipó, pues, dentro de mí mismo, sin aceptar la prolongación del papel escrito. Y es lástima, porque sé, positivamente, que lo más bonito es lo que no decimos á nadie. Ahora, en verano, yo gustaría de ir saltando, de balcón á

balcón, asomarme á las pupilas distraídas de todas las muchachas que en ellos están apoyadas, frente al crepúsculo y deletrear ese poema recóndito de cosas recordadas y de cosas presentidas. ¡Cuánta hermosura á esa hora municipal en que van encendiéndose los faroles!

Pues hubiera querido contar á esta amiguita mía cierto trance psicológico en que varios camaradas y yo nos hallamos presos. Es curioso, y ella habría podido fantasear acerca de nuestra grave hechura de hombres.

A nosotros nos han gustado siempre las cosas pueriles. Por ejemplo: los *cines*, los mantones de chal, los bombones, las violetas y los *couplets* franceses. Nos han gustado las cosas de viaje: las casetas de los guarda-vías, los girasoles de las estaciones férreas, las caritas curiosas de las muchachas que se asoman por las ventanillas del vagón, las campanas que agita un empleado cansino, la luz turbia del farol y el árbol solitario siempre en una llanura, y las norias de todos los pai-

sajes, con su burro, sus cangilones, su paz y su agua saltarina y resignada. Nos han gustado también las cosas graves: una mujer bonita, que iba sola por la calle; un andante de Bach, un crepúsculo y un beso. Y, por último, nos han gustado las cosas sutiles: un apretón de manos con los dedos, un perfume, una paradoja y un equívoco elegante.

Lo que más nos sedujo siempre, entre todas estas hermosuras, fueron los espíritus rebeldes, desafiadores, inquebrantables. Nosotros blasonábamos de tener los espíritus en esta sana tensión. Nuestras filosofías eran las filosofías de los demás, vueltas del revés. Carecíamos de ese centro de gravedad, peculiar tan sólo á los inconscientes.

Preparábamos, tenaces y cautos, un gran remiendo para la vida, rota en jirones sin gracia por los prejuicios, los reglamentos y las sanciones de los demás.

Pensábamos arrojar una semilla sana sobre las testas de los brutos y de los rutinarios para que en ellas brotasen rosas de generosidad, lirios de ensueño, amapolas de

pasión, violetas de ternura. Y ya veíamos á la humanidad pasiva, trocada en una gloriosa aglomeración de tiestos.

Pero, de improviso, un fatídico insecto volador nos ha inyectado con su aguijón cierto virus maleficioso.

Ayer nos contemplamos atónitos. Teníamos una singular expresión de asombro, como cuando vamos á visitar á un amigo que vive lejos y nos dicen que no está en su casa.

Hablamos. Hubo toses preliminares, leves filosofías anticipadas, circunloquios taimados. Se citaron varios nombres de filósofos, se adoptó cierta postura sentimental, se suspiró un poquito y hasta se observó cierto silencio muy oportuno.

A la media hora, todos de acuerdo. Yo me incluyo también, ausente amiga mía. Todos de acuerdo, todos regocijados y todos con una risa nueva cerca del cigarrillo apagado.

Sin saber cómo, estábamos hondamente enamorados.—«Chico, mi novia es la mujer más santa que he conocido.»—«Me caso para

el otoño.» —«Ayer pregunté á mi madre cuánto pagaban de cuarto cuando se casaron.»—«Yo creo que con dos duros diarios, por lo menos, podremos vivir»...

Los rebeldes, los soñadores, los de voto de celibato perpetuo, comenzamos á pensar en los bazares de muebles. Alguien indicó la conveniencia de visitar cierto saldo. Uno, no obstante, hizo la salvedad de que, sin criada, el casarse era una aventura temeraria. Pero todos estuvimos conformes en lo de la temeridad.

Alejados del mundano redil, tornamos á él. Al fin, éramos locas ovejas descarriadas. Bien es verdad que los domingos, muchos domingos, tuvimos la impiedad de murmurar torvamente ante una pareja modosita de recién casados, para los cuales suponíamos hechos exclusivamente los sombreros ridículos y las faldas sin gracia. Y que nos apenaban los rapaces que iban delanteros, berreando ó rompiéndose las botas ó hurgándose las narices. Y que pensábamos con horror en ciertas vidas, mitad taller y mitad cocido, y

en esas pobres mujeres que confían la gloriosa opulencia de sus pechos á los chiquillos recién nacidos, y en esos hombres resignados que llevan la americana zurcida y toman el café «á escote» en el Negociado. Y que adorábamos á la mujer sobre todas las cosas lindas de la tierra, pero no á usanza de los demás, sino para darla una nueva salud con nuestros amores, hechos de libertad y de quimera y de odio á lo que á estos mismos encantos se opusiese...

En aquel momento, nosotros, que hubimos de dedicar incisivos epigramas al bondadoso hortera que se enamoraba, y, como la santa costumbre previene, se casaba, alcanzábamos el mismo nivel del hortera en cuestión. Esto no está mal. El casarse no ha sido proclamado por nadie como signo de inferioridad.

Pero, entonces, ¿á qué pasar quince, diez años renegando biliosos, quitando porciones de humanidad para sustituirlas con otras nuevas, abriendo un atajo en este camino real de nuestra juventud, idéntica, salvo nimias

discrepancias, á las juventudes de los demás? ¿Para qué discutir tanto en cafés, y entre familias y cerca de los libros y dentro de los periódicos? ¿A qué ese desvío reprobable hacia la dulce mujercita que ha de acompañarnos siempre, que ha de coser cerca de donde nosotros escribimos un artículo furibundo, que ha de trenzar sus angustias con las nuestras?

Todo camino supone un lugar de parada. A toda canción acecha un eco. El mismo sol del mediodía es el sol mismo de los crepúsculos. Y siempre, siempre, todo él es luz.

...Amiga mía, si yo hubiera llegado á escribirte, habríate confesado que nosotros, los iconoclastas, los tenorios de junto á los obradores, los que en casa asustamos á nuestras madres — que nos juzgan unos calaveras —, somos absolutamente inofensivos. En la vida no hay más que un solo problema: problema entre unos ojos de mujer y otros ojos de hombre. Lo demás es literatura.

Y añadiría — continuando esta carta que no llegué á escribir —: que ahora hice las

paces con cierta antigua novía mía, esbelta y rebonita como una malva real. Y que la quiero cada vez más con mayor delicioso atolondramiento, y que ella me va convenciendo de que los nenes rubios con trajecillo de terciopelo azul son una bendición de Dios. Y te contaría también que quiero casarme pronto y que sueño con una lámpara grande, bajo cuya luz nuestras cabezas juntas leerán, acaso una vieja novela sin tesis, ó unos versos que yo compuse cuando pensaba ser eternamente soltero. Y que en estas noches augustas de verano, ella y yo, en un rinconcito del balcón, nos hemos dado un beso á hurtadillas, mientras su madre se dormía no lejos de nosotros y una estrella cambiaba de sitio, un poco más lejos de la madre...

ÍNDICE

OBRAS DEL AUTOR

LA TIRANA (Novela.)
DE CORAZÓN EN CORAZÓN (Novela.)
MADRID SENTIMENTAL

EN PRENSA

CABALGATA DE HORAS (Novela.)
LOS IGNORADOS (Novela.)

EN PREPARACIÓN

LA VIDA DE SIEMPRE (Divagaciones.)
DE LA TIERRA Y DE LA CARNE (Cuentos.)



